

La Esfera

19 Agosto 1916

Año III.—Núm. 138

ILUSTRACION MUNDIAL



MARIPOSA DE NOCHE (fragmento), por H. Anglada Camarasa

La Esfera

19 Agosto 1916

Año III.—Núm. 138

ILUSTRACION MUNDIAL



MARIPOSA DE NOCHE (fragmento), por H. Anglada Camarasa

DE LA VIDA QUE PASA



Aviador inglés defendiéndose con una ametralladora del ataque de aeroplanos alemanes en las líneas del Somme

LA AVIACIÓN ÉPICA

FRECUENTEMENTE leemos hazañas de aviadores de ambos bandos beligerantes. En ellas se relata el hecho, la pelea, el drama, el triunfo ó la derrota; pero no suele meditar sobre el medio aéreo, sobre el campo de batalla, aterradoramente fortuito.

Esta noche hemos visto un radiograma que, á pesar de su laconismo, produce sensaciones tan intensas como una estrofa homérica ó una escena de *La Araucana*. Se trata de la caza del aviador germano Inmerman, llamado «el águila de Lille», al cual su vencedor, el aviador inglés teniente Maccubins, ha dedicado una corona donde se lee: «A la memoria del valiente adversario, el Cuerpo de aviación inglés».

Inmerman, que llevaba abatidos 17 aeroplanos, fué aquel héroe que en plena tarde azul volaba sobre el campamento inglés del Somme; de repente, sin proyectiles enemigos, por una inesperada ráfaga de viento, su aparato da media vuelta de campana y cae en tierra belga, en las trincheras de sus compatriotas. Cuando acudió rápidamente la patrulla, temiendo hallarle destrozado, Inmerman, gateando bajo el aparato, y dejando rastros sangrientos en la hierba, examinó cuidadosamente el «Taube», y viéndole sin graves averías, entre el estupor de los soldados, subió al sillón y volvió á remontarse como un águila.

Toda catástrofe se compone de dos partes ó series emotivas: la primera parte—el horror—actúa sobre nosotros con elementos fatalistas y depresores; la segunda parte—el vigor—con elementos de exaltación y de esperanza.

La primera impresión de lo ocurrido á Inmerman fué de abatimiento; era la intervención de lo inesperado, la confusión de lo trágico y lo fatal. Y tras la compasión fué la desolación y el fatalismo. Pensábamos como pensaba Esquilo al ver á Prometeo encadenado. Veíamos á la Fuerza y á la Energía á sueldo del Olimpo, y á la Naturaleza, hecha tremolino de aire, aterradoramente fortuita, flagelando á los hombres, sus Prometeos. Todas las energías y todas las

audacias—desde el mito de Icaro á la épica realidad de Inmerman—no eran, ante una racha de aire, sino «ludibria ventis».

Los aviadores, reformando sistemas de construcción, motores, hélices y telas, no eran sino débiles hormigas, acarreado ingenuamente briznas y granos. Bastaría el más leve movimiento de un pie humano, inconsciente pero terrible, para aplastar á las hormigas; bastaría la más pequeña convulsión del aire para que todos y cada uno de los monoplanos y biplanos cayesen como pájaros mal heridos. Era fatal, inevitable; era el mito de Icaro afligiéndonos todavía en el siglo xx; era también el mito de Prometeo prolongando, al través de siglos y siglos, sus cadenas, su águila y su dolor...

La segunda impresión es la de reacción vigorosa. Inmerman, á pesar de todo vuelve á volar. El hombre que salía de debajo de su aeroplano con un gesto de espanto en la cara trágica y un brillo de locura en los deslumbrados ojos, vuelve al sillón de la temeridad, á empuñar el volante intrépido, á mirar á sus pies los montes y las águilas.

Inmerman es el hombre liberado del fatalismo. En su espíritu de ambición y audacia el mito nada tiene ya que hacer; la fuerza y la energía, que para Esquilo son dos siervas de Zeus, para Inmerman y los hombres de su estirpe son dos esclavas de la Química y de la Aritmética. La Naturaleza ni es ciega ni es fatal: será, á lo más, desconocida, irrevelada, inestudiada; pero sujeta á leyes de ciencia y á rutas de energía que descubriremos.

Las víctimas de la aviación, como las víctimas del tren, no pueden ser lógicamente argumentos de depresión ó de fatalismo. En el glorioso avatar humano no se camina sin dolor ni sangre; pero la sangre y el dolor han de ser menos necesarios cada día.

Se habla de que la tierra es más segura y de que el mar es menos peligroso. Se pretende dar á los aires cierto misterio de fatalidad y de ceguera. Se hacen estadísticas de catástrofes,

comparando las de los trenes y los buques con las de la aviación, y se afirma, lugubramente, que por tierra y por mar camina ya sin riesgos el hombre; pero que por los aires—misteriosos aún y desconocidos—será casi imposible, si no imposible, que vaya el hombre como por el mar ó por la tierra.

¿Con qué razones sólidas se argumentaron? Con que la tempestad es ciega y una racha de aire no puede estar sujeta á cálculo. ¿Pero están sujetas á cálculo las inundaciones de la vía, el desplome de túneles, el choque y el incendio de los trenes por tierra y el de los buques por mar?

Ese rasgo de Inmerman, que todavía trémulo de horror sube al sillón de su aparato y reemprende la ruta heroica, es el gesto del siglo xx contestando al mito, el símbolo de Prometeo libertado, que ofrece en homenaje á la Esperanza humana, su águila muerta y sus cadenas rotas.

Cierto es que Inmerman sucumbió; pero sucumbió, como tantos aviadores, no á la fatalidad del viento, sino á la certeza científica de la ametralladora ó del cañón. Cierto es que el campo de batalla aéreo se ofrece aún como aterradoramente fortuito; pero no menos cierto es que cada día los aviadores tienen más seguridad y las máquinas más firmeza.

En la psicología del aviador, ahora obscurificada, entenebrecida por los innumerables peligros del combate aéreo, vislumbramos como una lucecilla que será aurora espléndida el día de la paz.

Las rutas de los zeppelines, como los *raids* de los monoplanos y biplanos, han hecho de las máquinas de volar verdaderos cronómetros de precisión. El día en que los aviadores, en vez de ir preocupados como van ahora por la caza del avión enemigo, puedan dedicar sus cinco sentidos al estudio de las corrientes, densidades, saturación y demás fenómenos meteorológicos, ese día la atmósfera habrá dejado de ser lo fortuito y, por supuesto, lo misterioso.

CRISTÓBAL DE CASTRO

MONUMENTOS ESPAÑOLES



VISTA PARCIAL DE LA NAVE CENTRAL Y DEL TRASCORO DE LA CATEDRAL DE LEÓN, CON LA NUEVA PUERTA COSTEADA POR EL CONDE DE CERRAGERÍA

FOT. VINOCIO

La Catedral de León, que figura en lugar preeminente entre todas las de España, constituye, con las de Toledo y Burgos, el hermoso trío del Arte gótico español, tan grandioso y bello. Su estructura es una verdadera maravilla del arte arquitectónico, hasta tal

punto, que algunas de sus naves parecen sostenerse por un verdadero milagro de equilibrio. Es esta Catedral una de las más visitadas por los turistas que gustan de recrear su espíritu con la contemplación de joyas artísticas.

PÁGINAS ARTÍSTICAS



VALENCIA (fragmento), cuadro del ilustre pintor H. Anglada Camarasa



Sé como el ruiseñor, que no mira á la
tierra desde la rama verde donde canta.

VALLE-INCLÁN.

Poeta solitario, que te quedaste mudo
atento sólo al nuevo ritmo del corazón,
reconcentra tu espíritu seriamente, desnudo
de preocupación.

¡Poeta solitario, que te quedaste mudo
por no hallar la palabra con que dar tu emoción!

ooo

Desprecia toda regla de la manada estulta,
que es vocinglera y vácuca, metódica y prudente.
Sólo, contigo mismo, oye la voz oculta
atentamente.

Desprecia toda regla de la manada estulta
y marcha solitario hacia el azul la frente.

ooo

¿Qué importa que la flauta no dé su melodía,
si en las más altas ramas de tu parque interior
tiembla el oro de un rayo del sol de un nuevo día
y canta el ruiseñor?

¿Qué importa que la flauta no dé su melodía,
si en tu pecho las arpas se estremecen de amor?

ooo

Ya encontrarás la forma. El todo no es hallar
la palabra de antaño ni el fácil snobismo.
La emoción es lo alto y lo noble cantar
para ti mismo.

Ya encontrarás la forma. El todo no es hallar
las palabras uncidas del viejo preciosismo.

ooo

Oye la voz ingenua de tu infancia. Gran son
de zambomba y romance de la guerra y Mambrú,
de la risa fingida, desgarrada, del clown
y de la voz del Bú...

Oye la voz ingenua de tu infancia. Gran son
de tambores y el miedo al rojo Belcebú.

ooo

Oye la voz de alondra de los años moceros.
—Emoción de una carta fragante y mal escrita,
humo de los cigarros y los versos primeros
á Irene y Margarita.

Oye la voz de alondra de los años moceros.
—El latín del colegio y la primera cita.

ooo

Oye la voz de ogaño, más serena y más honda.
—El dolor de no ver lo que fué nuestro sueño,
el meditar vagando bajo la verde fronda
y el imposible empeño.

Oye la voz de ogaño, más serena y más honda.
—¡Oh, sed de lo infinito por grande ó por pequeño!

ooo

¡Oye la voz oculta!
Tú que quedaste mudo,
atento sólo al nuevo ritmo del corazón,
reconcentra tu espíritu seriamente, desnudo
de preocupación.
Oye la voz oculta tú que quedaste mudo,
por no hallar la palabra con que dar la emoción.

F. MARTÍNEZ-CORBALÁN

DIBUJO DE MAX RAMOS

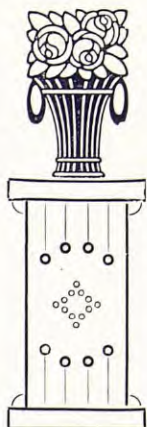


“Mi amado tiene una barca...”

—Mi amado tiene una barca
toda pintada de blanco,
con una vela latina,
y cuando va por el lago
parece una gaviota
que va sobre el mar volando...

—Mi amado tiene una barca
toda pintada de blanco
que cuando va entre las ondas
verdes, del mar ó del lago,
parece una campesina
que alegre va por un prado...

—Las tardes de Primavera
vuelve en su barca mi amado
con cargamento de flores
de limonero y naranjo
y así, llena de azahares,
y él en la proa bogando,
la blanca barca parece
un gran cisne sobre el lago...



—Todas las noches de luna
la barca va por el lago
sobre las aguas de plata.
¡Parece un mar encantado,
y la barca una sirena
que se llevase á mi amado!...

—¡Dios mío, temo que un día
de primavera ó verano,
ó que una noche de invierno
salga en su barca mi amado
y en vano espere su vuelta...
¡Hay ondinas en el lago!...

—Entonces la blanca barca
no sería un cisne albo,
ni una blanca gaviota,
ni una aldeana en un prado,
ni una encantada sirena...
¡Sería un ataúd blanco!...

GOY DE SILVA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

CUENTOS ESPAÑOLES

OLOR DE SANTIDAD



Cuento al que se concedió el primer premio en el Concurso organizado por el Círculo de Bellas Artes.

I

La del alba sería cuando D. Rodrigo Pacheco salió de Tordesillas, mustio y cabizbajo, caballero en su mula, y camino de Valladolid.

Un buen trozo del camino que de Salamanca á Valladolid conduce llevaba recorrido la cabalgadura, cuando el noble caballero, que alegraba sus ojos tristes contemplando á la indecisa luz del amanecer la corriente del río, de verdor recamada, paró en seco á la mula, tornó la señorial testa hacia el altozano sobre el que se levantaba la murada villa, en la margen derecha del impetuoso Duero, y quedó un momento pensativo.

La gótica crestería de San Antolín y de Santa Clara; las torres y cúpulas de San Miguel, de San Juan, Santiago, San Pedro y Santa María, y los torreones de las cuatro puertas de la villa, recortábanse sobre el cielo limpio y cárdeno de aquel amanecer estival, evocando en el alma del buen Pacheco toda su historia y toda la tragedia de su martirio.

De súbito, irguióse sobre los estribos, abandonó las riendas, y tendiendo los brazos hacia la villa, que comenzaba á desperezarse, sorprendida en su sueño por los suaves besos de las brisas serranas, exclamó el de Pacheco, con voz apocalíptica:

—¡Toda mujer propia tiene algo de Xantipa! ¡Leonor de Alderete! ¡Dios te perdone como te perdono yo!

Y espoleando á la reflexiva cabalgadura, que quizá sentía como propio el dolor de su amo, exclamó airado:

—¡Arre, mula!

Dió un salto la sorprendida bestia y tomó un galope ligero que hizo afirmarse al caballero en sus estribos.

Alto ya el sol, perdido en el horizonte el ca-

serío tordesillesco y casi á la vista de Simancas, aún no se había borrado la expresión de dulce y resignada melancolía del rostro del buen caballero, último vástago de la ilustre estirpe de los Pachecos...

II

Don Rodrigo era un santo.

Desde muy niño mostró su afición á jugar con altarcitos, á predicar sermones y á construir campanarios diminutos que eran un encanto por lo dulcemente acordado que procuraba el niño tener el son de las diversas campanitas.

Conforme iba creciendo el mozo, afirmábase en él más y más su vocación religiosa, y contra la voluntad de su padre—que para más altos destinos reservaba á su hijo, por la firme amistad que le unía con su deudo D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma y valido del Rey—, no hubo más remedio que enviar al bienaventurado joven á Salamanca á estudiar Teología y Cánones.

Para el precoz hidalguete no había más mundo que el que divisaba yendo de Tordesillas á Salamanca; ni más ciencia que la contenida en los enfáticos lemas que ostentaban aulas y atrios de la *Ubérrima civitatis*, como llamó en una bula el pontífice Alejandro IV, á la famosa Universidad salmantina. Tras aquellos abstrusos conceptos, transparentaba la mística ambición del heredero de los Pachecos y Alderetes, toda la majestad de Dios y toda la gloria que á él le reservaba el Criador en la tierra.

—¡Oh! ¡Cantar misa en Tordesillas, rodeado de las mozas y mozos que le oían antaño decir misas de mentirijillas, y ante el retablo de Berruguete, en la capilla de la Virgen de la Piedad, patrona de los Pachecos! ¡Lograr luego un beneficio, después una canonjía, quizá un obispado... y si la magnanimidad divina lo consentía, seguramente el capelo cardenalicio! ¡Oh, Dios mío! Perdona mi ambición, que sólo en tu santo y

ejemplar servicio emplearé los dones que te dignes concederme!—gemía el estudioso colegial, hundiendo su pensamiento en los libros de los teólogos González de Segovia, Soto, Gallo, Salmerón, y de los canonistas Covarrubias y Antonio Agustín, y otras lumbreras del Concilio trentino...

Pero Dios, en su infinita sabiduría, lo dispuso de otro modo, y todo el castillo de imaginaciones del futuro cardenal se vino abajo. Un invierno, cruelísimo para las gentes y los campos tordesillescos, llamó el Señor á su seno al achacoso don Gonzalo, y la señora doña María, no resignándose á vivir sola en el inmenso caserón de los Pachecos, retuvo en él al joven canonista.

Resignóse éste, siempre humilde y obediente á las disposiciones de la Providencia y á los mandatos paternos, y forzosamente hubo de interrumpir sus estudios para ayudar á doña María en el Gobierno de su casa y hacienda y en la dirección de cierto litigio en que la testaruda dama venía empeñada tiempo ha con sus parientes los Alderetes de Tordesillas, sobre su mejor derecho al patronato de la gótica capilla de San Antolín y á ciertas donaciones de sus antepasados, que usufructuaban indebidamente los nombrados deudos.

La infatigable pleitesía puso en movimiento cúmulo tal de jueces, escribanos, letrados y hasta teólogos, que embarullaron á maravilla el litigio; y demandante y demandados pidieron á voz en cuello misericordia. Cierta teólogo, hombre de seso y recta conciencia, propuso una transacción honrosa, que cierta feliz circunstancia ayudó á imponer y acatar como tabla salvadora.

—¡Lo mío, mío, y lo tuyo de entrambos!—decía doña María á los Alderetes—. Y arguyó el teólogo.

—*Quod homines, tot sententiae! Consensus omnium fecit legem! Cur tam varie?*—Y replicaba doña María, sin dar su brazo á torcer, en buen castellano:

—¡Tres cosas demando si Dios me las diese: la tela, el telar y la que la teje!

Pero el teólogo, terco también, tronó en griego, para mayor claridad:

—*¡Malion apodekon dikalan penian e plouton adikón!*

Y al traducir en rotundo vallisoletano Rodrigo á su madre y señora la máxima del gran Isócrates, ambos humillaron la cabeza.

Poco tiempo después... en la capilla de la Virgen de la Piedad, en San Antolín de Tordesillas, uníanse en santa coyunda Leonor de Alderete, hija única de los Alderetes, y Rodrigo Pacheco, único vástago de los Pachecos.

Solamente Dios, la señora doña María y el culto teólogo casamentero, supieron lo que costó vencer la voluntad del buen Rodrigo; pero la terquedad de la dama pleitista era irresistible, y como rindió á los Alderetes, venció la mística resistencia del hijo de su amor, que gemía al recibir la santa bendición, unida su diestra á la de la hermosísima Leonor de Alderete.

—*¡Una salus victis, nullam sperare salutem!*— y fueron las últimas palabras con las que se desvaneció el fracasado teólogo, para dar paso al flamante marido.

III

Pero D. Rodrigo no era feliz.

Doña Leonor de Alderete, joven y apasionada, encerrada en su casa de Tordesillas como en un convento, al verse frente al apuesto mozo—único hombre que se acercó á ella—, sintió por él una avasalladora pasión. La llama de amor sin nombre que tantos años contenía en su pecho de doncella casta, pero afectiva, estalló devoradora, porque Rodrigo Pacheco, por su figura y por su carácter, era el galán soñado, el Amadis de sus ensueños... Boda que comenzó siendo forzado acodo, fué á poco tierno idilio que unió dos almas con la más pura, pero también arrebatadora de las pasiones.

Llevábase cinco años doña Leonor á Rodrigo... y quizá por ello fué maestra que inició al joven en los honestos deliquios amorosos de su idílica unión. Pero, aunque dama de espléndido cuerpo y hermoso rostro, altivo continente y distinguido ademán—conjunto sin par en Tordesillas—dió en la flor de ser celosa hasta del aire que rizaba las gudejas de su apuesto marido.

Este, que fuera del amor á Dios, no sentía otro afecto que el de su esposa, padecía martirio que anonadaba su alma, porque siendo puro y honrado, la espléndida dama dudaba de su pureza y ponía en tela de juicio su probada honradez.

Veinte años llevaban de matrimonio y de martirio, sin que el cielo hubiera bendecido su unión concediéndoles el bien de los hijos, cuando un atardecer recibió el apocado señor de Pacheco, por un propio, una misiva nada menos que del gran duque de Lerma, invitándole á ir á Valladolid el próximo 19 de Julio, día en que haría su entrada en la ciudad castellana Su Majestad el Rey D. Felipe. Añadía el valido que conveía al servicio de la monarquía católica que don Rodrigo Pacheco fuese corregidor de Tordesillas, cargo vacante á la sazón, y le esperaba en Valladolid

para entregarle el real despacho y comunicarle instrucciones oportunas sobre la política que convenía al duque se observara en Tordesillas y villas comarcanas.

¡Y allí fué Troya!

—¿A Valladolid... vuestra merced?—y reía nerviosa é irónica la celosa doña Leonor. Y de súbito exclamó, abriendo el torbellino de sus celos.

—¡Sí! ¡Te conozco, fementido caballero! ¡Ir á Valladolid es un ultraje á la fe jurada á mi amor único!

—¡Leonor! *Mulier quæ sola cogitat, male cogitat*—replicó D. Rodrigo, acordándose en aquel trance de Publio Siro y de sus buenos y añorados tiempos de Salamanca.

—*¡Nihil impossibile!*—arguyó la dama, que también era, aunque celosa, muy leída—. ¡Si vuestra merced va á Valladolid... será para caer en el pecado!...

—¡Leonor! ¡Leonor!

—¡Lo teme mi corazón enamorado! Te estás ya refocilando con la más impura de las liviandades!

—¡Xantipa! ¡digo, ¡Leonor, ven conmigo á la ciudad... que Dios confunda!

—¡Yo! ¿Ir yo á ese antro donde tiene su nido la lujuria? ¡Jamás! ¡Allí no pueden ir más que los lascivos y perjuros como tú!

—¡Doña Leonor! ¡Por los clavos de Cristo Nuestro Señor!—y D. Rodrigo alzó los ojos á un crucifijo de Berruguete el joven, que frente á los esposos mostraba sus carnes flácidas y amarillentas de martirio—y miró al crucificado como los mártires del Coloseo la imagen espantosa de la muerte en su trágica agonía... cayendo de rodillas, como si realmente fuera culpable de un pecado, cuyas delicias no había gozado aún.

Viéndole humillado, mudo, traspuesto y de hinojos á los pies de la divina escultura, salió la

dama, cerrando de golpe la puerta de la cámara y vociferando descompuesta:

—¡Reza y esconde la lascivia que te sale á los ojos! ¡Miserable!

Con un sollozo respondió el caballero, evocando su vida de teólogo («in partibus»), tendiendo sus manos al impasible Cristo:

—¡Perdónala, Señor! ¡No sabe lo que se dice! ¡Los celos han transformado á mi señora doña Leonor en... la propia Xantipa, en la verdugo de Sócrates, que resucita en Tordesillas!

IV

La carta del duque de Lerma era terminante é imposible eludir su cumplimiento. Además, ¿había de estar toda su vida supeditado á las faldas? Su madre, la inflexible doña María, impidió que fuera clérigo, matando en flor su porvenir brillante. Muerta su madre, ¿había de impedir su esposa—¡otra tozuda Alderete!—que siguiera una carrera política honrosa, comenzada con una corregiduría, y Dios y el duque de Lerma sabrían dónde podía acabar?

Y el débil y ocioso caballero mandó ensillar su mejor mula y salió para Valladolid, dejando á doña Leonor convulsionada como una demoníaca y vomitando por su sensual boca sapos y culebras de todos colores:

—¡Se va, y le pierdo para siempre al miserable! ¡No subirá más á mi tálamo si duerme una sola noche en Valladolid! ¡Toda el agua del Jordán no bastará para purificar al impuro!—Y se retorció como una poseída, rodeada de mayordomos, dueñas, doncellas y mozas de cántaro... mientras el audaz caballero franqueaba Simancas, contemplaba con ojos amorosos la mole del histórico castillo tras cuyos cubos y almenas la invisible polilla roía con saña toda nuestra leyenda de oro; y poco después columbraba el caserío de la futura corte de las Españas, extendido sobre verde prado y recortado sobre una lejanía de suaves lomas y sinuosos cerros castellanos.

Y el futuro corregidor de Tordesillas entró, sonriente y magnífico, caballero en su mula, en la noble y real «Villa de Ulid».

V

Era el día 19 de Julio de 1600.

La ciudad castellana, aguijoneada por Lerma, que deseaba convertirla en corte de los Felipes, «nunca desplegó tal aparato y dignidad en las ceremonias, tal esplendor en los festejos, tal magnificencia en sus calles y plazas, tal lucimiento y gala en sus vecinos». El joven rey demoró su estancia en Valladolid dos meses, prometiendo para el año siguiente asentar los reales de su corte en la leal ciudad.

Pasados aquellos primeros días de gala regia y festejos populares, D. Rodrigo pudo ver al poderoso valido.

El duque le recibió y agasajó conforme á los altos merecimientos del caballero Pacheco, á cuya familia tuvieron siempre en singularísima estima los Sandoval, y le entregó el real despacho de corregidor de Tordesillas.

—Tengo en alta estimación vuestras dotes, que,



acrisoladas por el ejercicio de vuestro cargo en la villa natal, os harán pasar á la corte en breve tiempo. Yo necesito rodearme de consejeros y servidores leales...—dijo el duque abrazando cariñosamente á don Rodrigo.

Antes de despedirse, rogó-le el duque al corregidor que visitara en su nombre á un deudo de entrambos, vallisoletano ilustre, que por sus achaques no pudo asistir á los festejos, y á quien podía consultar don Rodrigo en todos aquellos conflictos en que pudiera ponerle la flamante corregiduría, aunque, á decir verdad, más que á sus futuros gobernados, temía el pobre corregidor á la celosa corregidora.

Y sin esperar á más—porque al día siguiente, y tras ocho de ausencia, quería retornar el leal caballero á su villa y casa solariega—, allá se fué con su alta misión don Rodrigo Pacheco, el fracasado teólogo, convertido por la gracia de Dios y del duque de Lerma en corregidor de Tordesillas y de toda la comarca tordesillesca.

VI

Dijéranle á D. Rodrigo que con los ojos vendados y sin cayoado recorriera las calles de su querida Salamanca, y á ciegas la correría, como su Tordesillas de su alma.

Pero á aquel endiabrado Valladolid, el diablo que le hincara el diente con su laberinto de calles, callejas y callejones, plazas, plazuelas, que siempre le traían al mismo lugar, sin dar nunca con el caserón de su deudo D. Gutierre Pacheco de Sandoval.

Más de tres veces se encontró en la plazuela del Ochavo, evocándole, en aquella hora entre misteriosa y poética del atardecer, la tragedia del famoso Condestable, cuyo libro singular *Claros y virtuosas mujeres*, había leído con delectación en Salamanca. Otras dos salió á la Plaza Mayor, entenebreciendo su pensamiento la memoria de aquella hecatombe en que pereció el hereje doctor Agustín Cazalla y sus secuaces en ejemplar auto de fe. No supo cuántas veces pasó junto al caserón de Ribadavia, donde nació el rey Felipe II, y cuya plateresca ventana iluminaba ya la luna en pálido creciente. Volvió pies atrás y notó que por tercera vez pasaba ante la rica y fastuosa fachada de San Pablo...

—La calle de Teresa Gil y junto al arco gótico que se levanta en la iglesia de religiosas de Portacoeli—habíale dicho el duque... y, por fin, topó con el famoso arco y con «las casas de Diego Sánchez», morada de su deudo D. Gutierre.

Levantó el pesado aldabón de hierro, que representaba un dragón mordiendo maciza anilla, y retumbaron en la soledad de la calle tres golpes recios y rotundos.

Tardó á percibir ruido alguno en el interior de la casa. Abrióse, por fin, una celosía que sobre la puerta caía, y una voz argentina y juvenil preguntó con timidez:

—¿Quién va... á estas horas?

—¡La paz de Dios!—respondió D. Rodrigo con voz entera—. ¿Vive aquí D. Gutierre Pacheco de Sandoval? Su deudo soy y vengo desde Tordesillas á visitarle—agregó D. Rodrigo, temiendo que le tomaran por un aventurero de los que aquellos días de regios festejos pululaban en Valladolid. Tras breve cuchicheo de voces femeninas en la celosía, preguntó otra voz como arrullo de tórtola:



—¿Como se nombra el caballero?

—Don Rodrigo Pacheco de Alderete soy...

—¡Esperad, esperad, caballero... aquí es! Van á franquearos la puerta...

Poco después descorriéndose cerrojos y cadenas, y una especie de mayordomo de faz seráfica franqueaba el pesado portón al caballero. A mitad de la amplia escalera, una dueña envuelta en negras tocas, alumbraba con enorme velón.

—Pasad, pasad, señor don Rodrigo, y esperad mientras preparamos á D. Gutierre para darle cuenta de la llegada de vuestra merced. Pero tan delicado anda, que no sabemos si podrá recibirle esta noche... Sus hijas, mis señoras doña Celia y doña Violante, nos lo dirán.

Y tras subir, precedido por la dueña y seguido á respetuosa distancia por el beatífico mayordomo, le introdujeron en las habitaciones de don Gutierre.

Deslumbrado quedó el tordesillesco corregidor al contemplar la magnificencia del decorado, la riqueza de los muebles, la suntuosidad de los cortinajes que la mansión de su deudo le mostraba.

Pasaron por una cámara en la que ardía una lamparilla de plata ante un crucifijo que á don Rodrigo le pareció excesivamente lívido y chorreando de sangre... Persignáronse mayordomo y dueña; imitóles el caballero é introdujéronle en el estrado, donde le hicieron esperar, mientras avisaban á sus señoras, las hijas de D. Gutierre.

No se hicieron aguardar éstas...

Eran dos damas de peregrina hermosura, jóvenes, ataviadas como princesas y enojadas como reinas. «Acabarían de llegar de algún festejo regio y no habrían tenido tiempo de desfogarse...», pensó D. Rodrigo.

Con grandes y discretas muestras de regocijo por recibir la visita de huésped tan ilustre, las dos niñas sentáronse á ambos lados del caballero cuarentón, quedando el mayordomo á respetuosa distancia, como si esperara órdenes.

«Don Gutierre estaba muy doliente y descan-

saba ya, pero si aquella noche no podía verle D. Rodrigo, sería al siguiente»—dijeron las discretas niñas.

El de Pacheco les expuso el objeto de su visita: participóles su nombramiento de corregidor y la necesidad que tenía de partir al rayar el alba á Tordesillas.

—Todo puede concertarse—objetó la mayor de las niñas—, si tan urgente es la necesidad de ver á nuestro padre. Aceptáis un puesto en nuestra mesa, descansáis en uno de nuestros aposentos, y al salir el sol, que es cuando despierta el señor don Gutierre, le saluda vuesa merced y parte cuando guste á su querida Tordesillas.

—Agradezco las grandes mercedes que quieren dispensarme damas tan atentas; pero tengo necesidad imperiosa de retirarme á mi posada...

—¡Vágame Dios! ¡Dormir en una posada deudo tan ilustre como vuestra señoría, señor corregidor... alternando con arrieros y servido por mozas de mesón! ¡No faltaba más!—dijo la más joven de las niñas de D. Gutierre, la de la voz argentina, cuyas modulaciones ignoraba por qué don Rodrigo le llegaban al alma.

—Lo que nos duele—arrulló la mayor—es que durante estos días os hayáis hospedado allí. Vuestra es esta casa, hoy y siempre que vuestros asuntos os traigan á Valladolid.

—¡Ya no podéis salir de aquí! ¡Sois nuestro huésped porque no queremos exponer-

nos al enojo de nuestro padre cuando se enterara de que habíamos dejado marchar á una posada la dignidad de nuestro más ilustre deudo, el señor corregidor de Tordesillas!—exclamó expansiva y jovial la que parecía más ingenua de las damas, y cuya voz, ademanos distinguidos y cándido y claro mirar atraían al señor de Pacheco con electiva afinidad.

Acostumbrado á obedecer siempre, primero á su madre, luego á su esposa; tan débil de voluntad como cortés y agradecido por instinto, el caballero accedió al galante y sincero ofrecimiento de sus bellas parientes y «quedó muy suyo y muy obligado también», según dijo. «¡Además de que su estancia en casa de D. Gutierre facilitaba su entrevista con este señor y su salida á Tordesillas... ¡se estaba tan bien en aquella casa y estrado!, ¡experimentaba tan agradable sensación de paz y bienestar en aquella casa colgada de damascos antiguos, alhajada con vargueños y contadores, cornucopias y espejos, cuadros religiosos y viejos retratos de familia... que hubiera querido trasladar toda aquella magnificencia á su severo caserón de Tordesillas ó quedarse en aquel de Valladolid toda la vida!»

Salió el mayordomo de faz seráfica y entró y salió varias veces la dueña con grandes reverencias, hasta que el primero anunció que la cena estaba servida.

Pasaron damas y caballero al regio comedor, donde en lujosa mesa, bajo manteles de Cambray, centelleaban la plata toledana y el cristal italiano y brillaba la loza talaveraña. Sirvióles el mayordomo suculenta cena, regada prudentemente con «los ilustres vinos de Esquivias», que don Gutierre prefería á los vallisoletanos, y aunque D. Rodrigo era frugal, su cortesía no sabía negarse á los insistentes ofrecimientos de sus dos comensales y comió y bebió un poco más de lo que acostumbraba su templanza.

—«Carne de pluma quita del rostro la arruga», mi señor don Rodrigo—decía la mayor de

las hijas de D. Gutierre, sirviéndole una pechuga de capón ricamente aliñada.

—«El vino como rey y el agua como buey»— exclamaba riendo la menor de las doncellas, llenándole la tallada copa de un vino rojo como el rubí y de suave aroma.

Durante la cena, como antes en el palique del estrado, notó D. Rodrigo que las dos damas exhalaban de sus personas un tan delicado perfume, que á gloria trascendía y la misma gloria parecía prometer. Vahó tan suave y sutil no lo percibió jamás D. Rodrigo. Su esposa, doña Leonor, no usaba perfumes ni aceites, que era pecado usar, y decía «que el único perfume grato á un marido era el de la limpieza, porque la hermosura debía ofrecerse como Dios la dió...» Pero seguía embargando los sentidos del caballero aquel perfume delicioso, produciéndole sutilísima é inefable embriaguez, y D. Rodrigo lo aspiraba con delectación primero, con ansia después. No era el olor del ámbar, ni de la algalia, ni tenía nada del almizcle, únicos que conocía el señor de Pacheco. Más bien parecía el aroma de mil flores levantinas, que juntaron su diversa fragancia para embriagar al caballero...

Terminada la cena, rezaron una breve oración de gracias, pasaron al estrado un momento, y las damas despidiéronse de su huésped con graciosas reverencias, retirándose á sus habitaciones acompañadas de su dueña.

El mayordomo precedió al caballero hasta la cámara que le destinaron, despidiéndose de él muy humildemente.

—¡Buenas y muy santas noches tenga el señor don Rodrigo!

Rendido por el desacostumbrado trajín de aquellos días, embriagado levemente por los vapores de los vinos, la copiosa cena y el sutilísimo y sensual perfume de las damas, el señor corregidor de Tordesillas, que desaba recoger y coordinar sus ideas, tendióse en el mullido lecho y sopló la luz.

Pero invencible asombro le despabiló en seguida. La cama en que descansaba de sus andanzas vallisoletanas, exhalaba el mismo perfume sutil y embriagador que emanaba del cuerpo de las hijas de D. Gutierre. Y el malogrado teólogo salmanticense quiso abandonar el lecho...

«Pero... ¿no sería niño escrúpulo de monja llamar á la servidumbre y alborotar la sosegada mansión con el pretexto de rehusar tan rico lecho, que indudablemente le había cedido alguna de las hijas del doliente huésped, por una delicadísima galantería mujeril que antes debía agradecer como cumplido caballero que rechazar groseramente como un villano?»

Y quedó entregado á sutiles razonamientos escolásticos bajo las finísimas y bordadas holandas, el caballero de Tordesillas, sin osar levantarse ni poder conciliar el sueño...; pero consolándose en su martirio si, por dicha, la cama en que yacía pertenecía á la menor de las hijas de D. Gutierre.

VII

En el seno de las tinieblas veía el señor de Pacheco la figura, castamente ideal, de doña Celia, la menor de las niñas, en opuesta visión á la más espléndida y sensual de doña Violante, la hermana mayor... Ni una sola vez acudió á su magín el recuerdo de la figura de su esposa, la alta y esbelta matrona tordesillesca... Doña Celia, la niña gentil, tornaba á embalsamar su ánimo y sus sentidos anegados en el vaho delicioso del mullido lecho, cuando lejano rumor de voces le distrajo de sus deliquios... Pronto las voces fueron gritos, y éstos algarabía.

Don Rodrigo incorporóse, tentó sus ropas, empuñó su espada y aguardó.

Las voces se apagaron de pronto; pero el oído del caballero percibió en el silencio de la noche crujir de sedas, como si pesado damasco diera paso á alguien. Suave rumor de pasos que á él se acercaban, confirmó sus sospechas. «No cabía duda, alguien había entrado en la estancia.»

Pronto fué la sospecha certidumbre absoluta; aquel perfume suavísimo y enervador, cada vez más penetrante, cada vez más cercano, envolvióle como ola de éter, sumiéndole en un mar de con-

fusiones, cuando el tibio aliento de una boca rozó su rostro, y la caricia de unos brazos desnudos, blandos y mansos, oprimió su cuello robusto, al mismo tiempo que una voz argentina, pero angustiada, gemía en su oído:

—¡Acorredme, caballero! ¡Protegedme ó muerta soy!

Don Rodrigo quedó suspenso...

Soltó la espada, de improviso, y con ambas manos cogió los trémulos brazos que como dulces cadenas rodeaban su cuello.

Al contacto de la carne joven, tibia y perfumada, sintió estremecerse, muy á pesar suyo, todo su cuerpo pecador en lascivo escalofrío. Las dulcísimas cadenas no cesaron, y el desvanecido caballero sintió sobre su pecho la presión de suavísimas turgencias que excitaban dolorosamente su carne flaca y miserable, con impudores que rechazaba su alma pura.

La voz argentina arrulló á su oído.

—¡No os mováis, caballero! ¡Doña Celia soy, que viene á deciros que no salgáis de esta habitación, pues corréis peligro de muerte!

—Permitidme, señora, que...—y el sofocado caballero no sabía qué decir, en lucha sorda consigo mismo para romper las dulces cadenas que le oprimían como dogal de frescas rosas y olorosos jazmines.

—¡No os mováis, por Jesús Nazareno! Vengo huyendo de las liviandades de mi hermana Violante... y he cerrado la puerta de esta cámara...

—¿Qué decís, señora?—interrumpió el cándido corregidor.

—Sí, de la hija de D. Gutierre, que burla y ultraja las canas y el honor de mi buen padre todas las noches... permitiendo que escale su galán el balcón de su camarín...

—¿Es posible tal infamia?

—¡Sí, caballero, sí!—y copioso llanto bañó las acaloradas mejillas del caballero. ¡Doña Celia lloraba! Y siguió:—Esta noche, que partió conmigo su lecho, pues este en que descansáis es el mío, no respetó mi inocencia y tampoco recatóse de recibir al seductor... ¡Qué vergüenza! ¡Huí al verle y oírle decir al salteador de esta noble casa, que quería matar al caballero que se hospedaba bajo el mismo techo que su amada, mi mal aconsejada hermana!

—¡Vive Dios que no será sin que un Pacheco venda cara su vida!

—¡Por el Nazareno! ¡No gritéis! Mi inocencia vino á advertiros el peligro; pero mi previsión cerró todas las puertas que separan esta cámara de la de mi hermana... Esperemos en silencio, y al lucir las primeras horas del alba, con el galán salteador de honras se irá todo peligro riesgo para vuestra merced...

—¿Pero entretanto... señora...?—y el buen D. Rodrigo no sabía cómo librarse de los brazos que más parecían acariciarle que demandar amparo.

—¡Ah! ¡Mientras tanto... protegédme mi castidad y mi inocencia, que quiso ultrajar también aquel bárbaro atropellador de doncellas y agravador de ancianos!... ¡Protegedme, señor! ¡Tengo miedo de salir de este aposento!...—y con sus desnudos brazos tejía el pavor más apretada cadena en torno al cuello del ilustre corregidor, que balbuceó con extrañas angustias.

—¡Nada temáis... niña, estando aquí yo... junto á vos. Llegarán á vuestro... precioso cuerpo por encima del cadáver de D. Rodrigo Pacheco!

—¡Gracias, gracias... mi noble deudo!...—y la medrosa niña se estrechaba más y más contra el caballero, besando á obscuras sus manos, sus barbas, sus ojos, sus mejillas y su boca anhelante y cálida, mientras D. Rodrigo, arrastrado por aquella mansa ola de confiada efusión, abrazaba también á la niña, creyendo proteger con sus nervudos brazos á la misma estatua viviente de la casta Diana.

En un momento, durante el cual la intensa emoción dejó paso á la sutil clarividencia, murmuró el caballero paternalmente:

—Bien, bien... señora; pero me parece que venís un poco ligera de ropa...—al notar que tenía entre sus brazos una escultura que no vestía sino la sutilísima veste de Holanda. Y aquel trasunto

vivo de castidad, respondió desmadejadamente:

—¡Huí del lecho precipitada al asaltar aquel gavilán nuestro camarín... y mi pudor no me estuvo para recoger mis vestiduras!

—Pues... descansad en mi lecho, que por lo que conjeturo es el vuestro propio. Yo me vestiré á tientas... y velaré vuestro sueño...—dijo don Rodrigo, intentando flojamente desprenderse de los marfileños brazos que le ceñían amorosos.

—¡Oh! ¡No, no, por Dios, caballero! ¡Tendré miedo sin vos! ¡Moriré de pavor! ¡No os apartéis de mí! ¡No me dejéis! ¡Venid, caballero... y descansad á mi lado! ¡Nada temáis... sosegaos! ¡Vuestra hidalguía y mi inocencia nos protegen!—y con suavísima presión dejóse caer blandamente la niña, arrastrando en su caída al caballero sobre la regia cama de torneadas columnas y de labrada cabecera Renacimiento, que les cobijó con su tibio calorillo como nido de plumas y de amores...

VIII

El sol entraba á raudales por el amplio ventanal trebolado, tras cuyos emplomados cristales piaban alegremente los pájaros en el cercano y umbrío jardín... y D. Rodrigo Pacheco despertó del único sueño de su vida que había tenido sabrosa realidad.

Y encontróse, á la luz escandalosamente indiscreta del padre Febo, que sus brazos robustos cobijaban aún la dormida estatua de doña Celia, desceñida su alba veste, y ofreciendo á los besos de la luz del día todos los encantos de su pudor y todos los tesoros de su hermosura á los encandilados ojos del ex canonista.

Este quedó lívido y temblando de miedo. Su conciencia implacable le acusaba en pleno día del pecado cometido en las negruras de la noche... ¡La más horrenda de las liviandades era pecado venial comparado con el delito en que todo un Pacheco, y corregidor de la muy noble villa tordesillesca, por añadidura, había incurrido con aquella preciosa niña que, confiada en la hidalguía del caballero, dormía aún sin recelo en sus brazos.

—¡*Nihil impossibile sub sole!*—gimió aterrado el caballero, y por primera vez la imagen de su esposa surgió ante sus ojos como la musa de la propia tragedia, arrojándole al rostro la sentencia con que le despidió al salir D. Rodrigo hacia Valladolid: ¡*Nihil impossibile!*

—¿Y qué hacer?... ¿Cómo huir?... ¿Cómo dejar á la tímida paloma que dormía en sus brazos? ¿Cómo presentarse ante D. Gutierre, el caballero que acababa de ultrajarle en la divina escultura de su hija? ¿Cómo escapar de aquel laberinto en que su inexperiencia del mundo había hecho caer al cuarentón corregidor? ¡Buena justicia administraría quien comenzaba vilipendiándola! ¿Qué dirían su conciencia y su rostro á la señora corregidora al llegar á ella?—Y al evocar otra vez en aquel trance la arrogante y severa figura de su dueña y señora doña Leonor de Alderete, como irritada Themis, desasíose don Rodrigo de los ebúrneos brazos que le aprisionaban aún rendidos en sueño de amor; vistióse apresuradamente; ciñóse la espada; echó sobre sus hombros la negra capa de seda valenciana... y después de dejar caer una última, compasiva y desesperada mirada á la dormida paloma del palomar de D. Gutierre, abrió quedamente la puerta, huyendo de su víctima, de su crimen y de sí mismo!

Salió á un pasillo; estaba solitario. Cruzó la habitación donde una lamparilla alumbraba los sangrientos chafarrinones de un Cristo monstruoso; no había nadie. Vió abierta una puerta fronteriza por la que entraba medroso y encogido un rayo de sol, y se dirigió á ella. ¡Era la puerta de la escalera!

Bajó por ésta sin ver á nadie ni ser visto. La puerta del zaguán estaba entornada... ¿Dueña mayordomo, y acaso D. Gutierre, estaban en misa en la vecina iglesia de las religiosas de Portaceli? Todo parecía preparado de intento para su vergonzosa fuga... y pronto se vió en la calle D. Rodrigo, libre de un peso enorme; pero abru-

mado por el de un remordimiento dolorosísimo. Sin tornar los ojos al caserón de D. Gutierre, y ya orientado por la luz del sol en aquel laberinto de callejuelas, llegó presto á su posada, mandó ensillar su mula y pidió la cuenta al huésped.

Este sonreía socarrón é inquisidor y gorra en mano, fijando su escrutadora mirada ratonil en las violadas ojeras del caballero, denunciadoras de una noche toledana, ó, más legítimamente, vallisoletana. Echó mano á la bolsa para satisfacer su hospedaje el atolondrado caballero—que ni la mirada acusadora del posadero podía resistir—, y quedó sin habla, aterrado.

¡Su bolsa estaba vacía! Le habían robado más de cien ducados de oro que metió en ella!... Pero, ¿dónde? Y su pensamiento se tornó instintivamente á la casa de D. Gutierre, y súbita revelación presentóle como humillante farsa la tragicomedia de que acababa de ser actor principal. Preguntó al posadero; dióle señas y señales...; sonrió el ladino plebeyo y pronto tuvo la certeza D. Rodrigo de que donde le habían dado posada de amor una noche inolvidable, no era, ¡ni mucho menos!, la casa de D. Gutierre Pacheco, aunque sí fronteriza á ella.

Puso en manos del huésped su rica cadena de oro, al encontrarse sin un maravedí, y prometiendo rescatarla sigilosamente y en breve, salió al galope de su mula de aquel Valladolid, que ya sería siempre el de sus pecados...

IX.

Abstraído por el recuerdo de la vergonzosa aventura, no notó hasta cerca de Simancas que aquel embriagador y penetrante perfume que impregnaba las ropas y el cuerpo clásicamente modelado de «la cándida paloma vallisoletana», le acompañaba como rastro de su pecado, dejando una estela de perfumada liviandad por do pasaba el caballero, y que fué lo que hizo sonreír indudablemente al ladino posadero. ¡Las ropas, los cabellos, las barbas, las manos, todo el cuerpo y el ser todo del buen Pacheco, estaban saturados de aquel delicioso vaho de la cortesana lascivia... y era la penitencia que va siempre con el pecado!

¡Doña Leonor no mintió! ¡Ella era una santa y él un lascivo ruín y empecatado! El fatal presentimiento de la dama era ya una realidad acusadora... El recuerdo de aquella noche de amor podría olvidarse quizá; su pecado ocultarse, negarse, aunque lo purgara en solitarias y continuas penitencias... Pero, ¿y aquel maldito y penetrante perfume que le acompañaba como una acusación, como la mejor y más terrible prueba de su liviandad y de su adulterio? Porque doña Leonor, ¡que no usaba perfumes!, preguntaría, inquiriría, no podría explicar por qué aquel vaho cortesano le acompañaba y trascendía hasta Tordesillas, y la furiosa Xantipa le arrancaría los ojos y las entrañas al señor corregidor.

Llegó á Simancas. Apeóse en el mesón del Tolcano; pidió un aposento, agua y jabón; encerróse; lavóse cuidadosamente manos, rostro, cabellos y aquellas barbas con las que le retrató su deudo el sevillano Pacheco, y salió de allí, donde harto le conocían y estimaban, después de airear un buen rato al sol la ropilla y capa, ante el abierto balcón del

aposento. Remozado y contento salió á lomos de su mula, libre, al parecer, de graves cuidados.

X

Apenas dejó atrás el caserío de Simancas, tornó á percibir, cada vez más penetrante, aquel diabólico perfume que debió de haber aliñado maese Satanás en sus fieltros y redomas demoníacas, y la vil cortesana, en cuyos brazos durmió el caballero, infiltróle hasta las entretelas de su alma. Y ¿cómo entrar en Tordesillas?

Ya columbraba la crestería de San Antolín, la cúpula de Santa María, los torreones del palacio donde lloró durante media centuria su viudez la triste reina de Aragón y Castilla doña Juana—llamada «la Loca» por insensibles historiadores y por el vulgo, que no entiende de locuras de amor, como ya entendía D. Rodrigo—, cuando éste apeóse en un recodo del camino, sombreado por espesos árboles. Ató las riendas de su cabalgadura á uno de aquéllos y contempló la ondulante corriente del Duero, en cuyas aguas tantas veces se bañó siendo niño.

Un audaz pensamiento asaltó al atribulado Pacheco.

Agazapado entre unos matojos, despojóse de sus ropas, que dejó sobre aquéllos, tendidas al sol abrasador de Castilla y Julio; y en cueros vivos lanzóse el caballero al agua, con la avidez con que un cristiano se arrojaría á las ondas purificadoras del Jordán, murmurando en remembranza de sus felices tiempos de teólogo: *¡Vestigia nulla retrorsum!*

El Duero, algo crecido, traía impetuosa corriente, en la que D. Rodrigo dió varios chapuzones, restregando con sus manos mojadas barbas y cabellos y todo su cuerpo, para purificarle de aquel olorcillo cortesano y delatador...

Distraído, perdió pie, la corriente le arrasó; dió una voltereta desesperada; logró subir á flote y asirse á una rama en un recodo del río. Tiró de ella para subir; cedió la débil rama, y el

cuerpo del desdichado caballero se lo sorbió el Duero impetuoso... llevándole inerte y sin vida hasta el puente de los diez arcos famosos, en uno de cuyos tajamares quedó detenido como miserable despojo del pecado.

Doña Leonor recibió el cuerpo exánime de su esposo con grandes é íntimos trasportes de dolor. En el paroxismo de su locura, gritaba la enamorada señora:

—¡Me han asesinado á mi dueño y señor! ¡Justicia, justicia!

Las ropas abandonadas en la margen del río; la bolsa vacía y la falta de la cadena de oro del caballero, indujeron á jueces y escribanos á sospechar que D. Rodrigo fué robado y arrojado al río para que no pudiera delatar á sus asesinos. Estos no se llevaron la mula, la espada y las ropas del caballero por temor de que les delataran, cosa que no podía suceder con los escudos y con la cadena, una vez fundida ésta. Y entre aquellas y otras conjeturas, nadie se acercó á la verdad.

Una hermosa mujer y un ladino posadero de Valladolid pudieron haber dado alguna luz; pero callaron por la cuenta que les traía.

Don Rodrigo recibió cristiana sepultura en San Antolín; doña Leonor encerró para siempre su dolor en su caserón, atenzándola el remordimiento de haber martirizado con su pasión de celos infundados á aquel santo varón, que Dios le concedió por marido. Y como ella, toda Tordesillas lloró al varón ejemplar, dos veces santo, por su martirio de casado y por su muerte trágica.

Ya sexagenaria doña Leonor, hubo de exhumarse el cuerpo de D. Rodrigo para trasladarle al alabastrino sarcófago que hábiles artífices italianos construyeron para guardar los restos mortales del señor de Pacheco y de la señora doña Leonor, cuando le fuera llegada su santa hora.

Asistió al solemne acto doña Leonor, acompañada del clero, servidumbre y mucha gente del pueblo, que aún amaba la memoria del caballero.

Abrióse el ataúd y fué como si se abriesen las puertas de la gloria. Suavísimo, embriagador é inefable perfume invadió las bóvedas de San Antolín, asombrando á todos los circustantes.

«¿De dónde venía aquel fragante olor, que por primera vez en su vida percibían los viejos cristianos tordesillescos, si no era de los huesos del fenecido caballero? ¿Y qué otro olor podía ser aquel si no era el «olor de santidad» en que murió indefectiblemente D. Rodrigo Pacheco, por sus muchas virtudes y su muerte de martirio?», pensaron los buenos tordesillescos, y clamó el pueblo á una voz:

—¡Don Rodrigo murió en olor de santidad! ¡Don Rodrigo murió en olor de santidad! ¡Allí estaba aquel perfume suavísimo que su alma santa dejó en sus huesos, proclamándolo! ¡Allí estaba la esposa del buen caballero, dando fe de ello con sus lágrimas de sincero arrepentimiento!

Y es fama que cuando alguien afirma todavía que don Rodrigo Pacheco murió en «olor de santidad», ¡unos huesos se estremecen en el fondo del alabastrino sarcófago, recordando una inmortal noche de amor en Valladolid!

Bernardo MORALES SAN MARTÍN

DEJOS DE BARTOLOZZI



PÁGINAS POÉTICAS



DOS PALADINES

En la campal llanura de los cielos
dos campeones búscanse, sin fin.
Uno es el día: el blanco caballero.
Otro es la noche: el negro paladín.
Se persiguen, mas no se encuentran nunca.
Sobre la tierra cabalgan de paso.
Y, según pasan, los anuncian
las campanas en los campanarios.
El Ángelus del alba canta;
"la noche huye, la noche ha huido..."
"El día se pierde en la distancia",

llora el Ángelus vespertino.
Tan=tan. Tan=tan;
campana de plata.
Ha nacido un nuevo cristiano.
¡Oh, blanco misterio!
Tan=tan. Tan=tan;
campana de bronce.
¡Oh, negro arcano!
Llevan un hombre al Cementerio...

Ramón PÉREZ DE AYALA

DIBUJO DE VIVANCO

LA FAMILIA REAL EN LA GRANJA



S. M. la Reina Doña Victoria, con sus augustos hijos, en los jardines de La Granja

Fot. Marín

Su Majestad la Reina Doña Victoria Eugenia siente una ardiente predilección por La Granja, lo mismo que por su residencia estival de la Magdalena. Es que el carácter tranquilo y apacible de la noble señora, gusta de los lugares apartados y su espíritu quieto y bondadoso busca el sosiego y la quietud, como remansos de la agitada vida cortesana. En los jardines de La Granja, la augusta dama vive en contacto con la Naturaleza y puede darse enteramente a las dulzuras de la vida campestre, deleitándose en la contemplación de paisajes abiertos al aire y a la luz. Al mismo tiempo, las múltiples y diarias preocupaciones que trae consigo la vida madrileña, no la distraen un momento de las íntimas alegrías del vivir familiar, al que la Reina rinde siempre el homenaje de su corazón, y puede alternar con sus deberes de esposa y madre otros deberes que ella misma se ha impuesto para responder generosamente a las llamadas de la Caridad.

Un corazón como el de la Reina, de tan profundas palpitaciones maternas, es natural que encuentre placeres inefables en la apartada vida del campo y de la playa, donde el espíritu puede olvidarse momentáneamente de los problemas que lo inquietan y descansar del ajetreo que imponen las exigencias cortesanas. Por fortuna, el patrimonio real tiene fincas cuya belleza no desmerece en una comparación con las residen-

cias reales extranjeras y pocos reyes tendrán en el pueblo que rigen afectos tan sinceros como los soberanos españoles. Quizás este afecto respetuoso ha nacido de la frecuente contemplación de nuestros Reyes en la vida familiar, sin la ostentación y el lujo que tras de sí suele llevar siempre la realeza.

Doña Victoria Eugenia, toda bondad y sencillez, tiene un trono en los corazones hispanos, porque el pueblo la ha visto más en el sosiego del campo, que en el tumulto de la ciudad, rodeada de las magnificencias del trono y de la corte. El pueblo, con sus naturales y espontáneos presentimientos, adivina en la noble dama a la esposa que pone por encima de la realeza los placeres y encantos de la maternidad. Y juzga y deduce, con una lógica aplastante, que el espíritu tierno y señorial que obedece tan firmemente a los deberes familiares, no puede olvidarse un momento de sus obligaciones en el trono, porque allí donde esté irradiará resplandores de bondad y de amor.

He aquí una página que refleja un aspecto de la vida íntima de la Reina. Sus augustos hijos juegan en los jardines de La Granja, mientras la bella soberana les contempla con visible emoción.

Es, ciertamente, una página de mayor elocuencia que todos los esplendores de la vida cortesana.



PINTORESCA VISTA DEL TIBIDABO, OBTENIDA CON TELEOBJETIVO DESDE UNA TERRAZA DE BARCELONA

LA ESFERA

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



INTERIOR DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE NARANCO,
CERCA DE OVIEDO

Fot. Hielscher



SOBRE EL AGUA

De repente al mar y los ríos diríase que también les nacen los innumerables insectos del estío, pues se llenan las aguas de cascarones no más grandes que los escarabajos, y los remos á uno y otro lado del bote semejan antenas, alas, élitros, evocan vagamente el minúsculo mundo que puebla con fulgores de piedras preciosas y con sonoras asperezas ó perzozos murmurios, la ardientia del vaho en que se convierte el aire canicular.

Una cigarra y un grillo tañen el mismo guitarra, sólo que la noche suaviza y ablanda la irritada acritud del guitarra solar, con que la música del grillo es un sedante que nos aduerme casi con ternura. Igual diferencia separa los barquichuelos marítimos y los fluviales. Navegar en la dársena de un puerto con *docks* y buques formidables, en torno á la flotante terraza de un club náutico, no equivale á dejarse deslizarse en una canoa, por el río, mitad de gasa, mitad espejo, arrebatando al paso las campánulas y las madreselvas del parque que comienza en la orilla.

Saldréis con distinto ánimo, y también la vuelta os ha transformado de diferente manera. Desde el velador en que fumábais vuestra pipa británica y sorbíais con lentitud el vaso de *wisky and soda*, poco á poco han ido infundiéndose sus sirenismos, la brisa que trae aromas acres y de excitación, las gaviotas con su vuelo gárrulo, un vapor en la franja añil del horizonte, el oleaje verde en la escollera cárdena, una vela palpitando en el mástil, y la inmensidad del mar y la infinitud del cielo... Por último, bebéis de un trago la pócima cosmopolita, y pedida la

barca ya os creéis un aventurero terrible, y os lanzáis al misterio con los brazos arremangados, con los cabellos al viento, y convertido el corazón en una caracola de rumores que embriagan...

Por el contrario, navegar por un río siempre es una paseata melancólica. Veraneáis en un *chateau*, donde un río antiguo atraviesa un bosque de otras edades. Acaso entre los mismos retorcidos y venerables troncos ha ido sucediéndose el ara druida, la picota feudal y actualmente la pista de *tennis*. Vosotros lleváis en los viejos salones del *chateau* una sonambulesca existencia que tejen las lecturas, el piano, los juegos siglo XVIII, un *flirt* y la correspondencia con los amigos que se hallan en las playas. Poco á poco la naturaleza y la historia se apoderan de vosotros, y cuando llega el crepúsculo no os atreveríais á miraros en los espejos centenarios del estrado, porque creeríais contemplar vuestros propios fantasmas, y si habéis salido á la arboleda, vuestra alma se estremece oyendo en la lejanía las esquilas, y en el fondo de ella misma sintiendo el borboteo de un manantial de divina inquietud... Entonces, como preparada por los gnomos, se ofrece la canoa inglesa, elegante, ligera, agalgada, con su sillita de rejilla... Y navegáis soñando, con los párpados entornados, sin ruido, sin orientación, como un cisne que fuese una princesa encantada...

En el mar y en el río se sueña. En el mar, sobre la ancha lámina verde y espumosa que dora un sol que es todo fuego, los sueños son como una hora de la Edad heroica, sonoros como las

piezas de un armadura. Parece sentirse el cortante rumor de las proras tajantes de los galeones aventureros, aquellos barcos hondos y panzudos que la leyenda nos ha dejado cargados de oro y llenos de suspiros de una cautiva, Rico botín. En el río, sobre la cinta azul y plata que se desliza mansamente, el ensueño es suave y sus alas tienen caricias de seda. Vamos pasando con lentitud, empujados por la corriente, bajo un toldo de olivos que son un abanico de sombra. Las ruinas de un castillo feudal que fué algún tiempo grande y señor, reflejan su mole fulminada en cuyas grietas forma la yedra verdes y rizados penachos. Más lejos una casa blanca se asoma al espejo de las aguas con femenina coquetería y un piano trae ante nosotros unas notas claras, lánguidas como un cristal que se rompe. Por fuerza el sueño ha de envolvernos entonces en su melancolía.

El sol y la luna, cigarras y grillos, las barcas salitrosas del mar y las canoas *chic* de los ríos. Se vuelve del mar con la piel coloreada y currida, con las pupilas más claras y dilatadas. Del río regresamos un poco pálidos, y conservando en las manos un vago aroma de heno... La canoa en el río tiene un cierto parentesco con la hamaca tropical... Es grato, en las ardorosas horas del mediodía, recostarse en sus almohadones, y leer, bajo el dosel de las frondas... Y de cuando en cuando cae de lo alto una flor, y cruza una mariposa... Así hasta que nos invade el sueño y sobre el agua...

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

DIBUJO DE RAMÍREZ

NUESTRAS VISITAS

J A I M E P A H I S S A



El maestro Pahissa

No se marche usted de Barcelona sin visitar á Jaime Pahissa—me habían dicho varios artistas amigos—. Es un verdadero talento musical.

Manén, el notabilísimo violinista, era uno de los más entusiastas. Otro, Pompeyo Gener.

Y una mañana el coche nos dejaba á Campúa y á mí en el número 133 de la calle de Balmes. Era una casa miserable y ruinosa. Una casa de

esas de vecindad llena de corredores, con las paredes y zócalos de la escalera desconchados y con los escalones carcomidos. A pesar de nuestros gritos la portera no aparecía por ninguna parte. Entonces Campúa tomó la resolución de agarrarse al aldabón de la puerta de la calle y comenzar un repiqueteo atronador que escandalizó á toda la vecindad. Al cabo, una buena vecina nos dijo que el maestro Pahissa

vivía en el segundo. La subida por la escalera fué una carrera de obstáculos, teniendo que salvar los cubos y cajones llenos de basuras y porquerías, que seguramente aguardaban allí la llegada del perezoso trapero. Una ancianita encogida y humilde nos abrió el piso y nos suplicó que esperásemos á su hijo, que todavía roncaba. Pasamos á una habitación pobre y desordenada. Había allí una mesa de despacho, unos

sillones de gutapercha reventados, todo muy viejo. Y por las paredes algún vaciado en escayola. En nada se advertía que allí laborase un músico. Es decir, sí: en la funda de un violín que yacía como un ataúd abandonado sobre un rincón y en unas partituras amontonadas sobre la mesa. Y nada más. Pasado un ratito se presentó en la habitación un joven alto, muy delgado, de faz larga y extremadamente morena, ojos grandes, melancólicos y negros y larga melena de cabellos rizados y también muy negros. A la simple vista se advertía que era un espíritu modesto, y al verse ante nosotros, no pudo disimular su azoramiento extremado. Yo no quise desvanecer esta pequeña confusión del artista.

—Señor Pahissa—le dije sonriendo—. Venimos en su captura. Deseamos que se venga usted con nosotros y nos acompañe durante un par de horas.

Los ojos del artista, que todavía no se habían alejado mucho de los linderos del sueño, me miraron extrañados. Yo continué:

—Abajo tenemos un automóvil. Iremos a donde usted quiera, si usted es tan amable que nos acompañe. Se trata de que hablemos de un asunto importante.

—Muy bien, señores. ¿Me permiten ustedes coger mi sombrero?...

Y diciendo esto fué al perchero y cogió su gran chambergo inverosímil de grandes alas desiguales. Antes de ponérselo nos dijo lentamente:

—Estoy á la disposición de ustedes.

Después, ya en la misma puerta, nos ofreció:

—Esta modesta casa es de ustedes, como de todo el que viene á visitarme.

Erasimpático, muy simpático, principalmente por su modestia y su azoramiento, casi infantil. Hablaba con indecisión, premiosamente, en perfecto castellano, aunque con marcadísimo acento catalán. Vestía de negro.

Subimos al *auto* y se colocó entre Campúa y yo.

—¿A dónde vamos, amigo Pahissa?—le pregunté.

—Me es igual... El Parque Güell estará bien. Si le parece...

—Pues al Parque Güell.

Al ponerse en marcha el coche le dije:

—¿Pero usted no nos conoce á nosotros?

—Palabra que no. Me dejó *raptar* por ustedes porque me parece una continuación del sueño que acabo de abandonar.

—¿Usted conoce LA ESFERA?...

Entonces el artista se quedó mirándonos fijamente; después exclamó:

—Perdone... Soy un imbécil. Usted es *El Caballero Audaz*, y este señor, Campúa... lba dormido. Si no, ¿cómo?...

Y siguió esforzándose en explicarnos lo que él suponía una torpeza.

—¿Se levanta usted tarde?...

—Me acuesto tarde y claro, tengo que dormir de día.

—Aquí me han hablado muy bien de usted. Dicen que es usted un gran músico.

—¿Quién?

—Muchos. Morera, por ejemplo.

—¿Qué ha de decir él, si es muy buena persona, y además fué mi maestro?... Lo que se llama un *gran músico*, no sé; *gran* idólatra de la música, sí. Por la música abandoné mi carrera, de más porvenir seguramente que los pentágramas.

—¿Cuál?—inquirí.

—Arquitectura. Yo seguía esta carrera, no precisamente por una vocación dominadora y

decidida, sino porque es la que tiene más relación con el arte. Además, yo tengo una gran pasión por la ciencia.

—¿A qué edad comenzó usted á interesarse por la música?

—A los doce ó trece años; y comenzó á inquietarme como una cosa desconocida... Saber leerla era mi obstinación, y comencé á leerla en seguida. Un día que no tenía nada mejor en que ocuparme, se me ocurrió hacer una especie de melodía. Morera la oyó y le dijo á mi padre: «Hombre, aquí hay un músico; que venga á verme y estudiará.» Y así fué.

—¿Cuál ha sido su primer estreno?

—Un concierto para orquesta en el teatro de las Artes y que fué un éxito, que me dejó asombrado; porque, amigo *Audaz*, ¿quién es el hombre que cree en sí mismo?... A mí que no me diga nadie. Usted verá. En vista de esto abandoné la arquitectura... Para mi laboriosidad era imposible dos carreras á la vez.

—¿Qué estrenó usted después?

—*La prisión de Lérida*. Un acto y cinco cuadros sobre letra de Adrián Güal. Se estrenó en

cuando estoy en inspiración, parece que me dicta un hada lo que he de escribir... Sin embargo, en general, no soy un músico fácil, no señor.

—¿Qué edad tiene usted?

—La de Cristo cuando le crucificaron; y como El, soy célibe.

—Tendrá usted algún amor que le inspire...

Sonrió ingenuamente.

—No, señor; pongamos que no. Yo me inspiro más por el recuerdo que ante la realidad... Fíjese usted que el recuerdo embellece más las cosas. O será que yo tengo un temperamento lírico.

—¿Cuál es su músico preferido?

—Wagner—repuso rápido—. Wagner siempre; porque Wagner es el punto clásico, el punto culminante de la música. Antes de Wagner los músicos se pueden llamar músicos primitivos; como antes del Renacimiento los pintores. El mismo Beethoven se puede considerar primitivo. Y después de Wagner pocos me gustan: Strauss, tal vez; claro que no tiene la inmensidad de Wagner.

—¿Y de los músicos españoles?

—En los músicos españoles yo reconozco que hay un gran movimiento. Falla ha demostrado que es una cúspide musical; Usandizaga probó que sentía intuitivamente la música, la música escénica, que es lo que se revela en *Las golondrinas*, y se revela más tangiblemente que se demostró, porque si tuviéramos que aquilatar el valor esencial de esta obra, nos encontraríamos con que no es tanto como el que se adivina.

—¿Cuál es su juicio sobre los proyectos de nuestra ópera nacional?

—¡Oh! Yo no creo en eso de la ópera nacional en el sentido de que se debe fundar una escuela para cultivar las cadencias populares. No, eso es limitarse y desorientarse. Yo creo que jamás deben de estar cerradas las fronteras del arte como arte. ¿Me comprende? La gran música tiene obras en la escuela alemana, que será porque sea más á propósito su temperamento ó

por lo que sea; pero es lo cierto que ellos han seguido el verdadero camino...

Llegamos al Parque... Parecía en aquella maravillosa mañana un jardín de encantamiento labrado en la más ardiente fantasía.

—Da gusto vivir entre árboles y flores—murmuró respirando intensamente el eminente músico.

Yo le pregunté:

—¿En qué consistiría su felicidad de usted?

—¡Mi felicidad!—silabeó con deleite—. Mi felicidad la cifro en que mi música sea conocida en todo el mundo; en que una mujer, rubia ó morena, pero bella, comparta de corazón mis éxitos, y en tener un jardín pequeñito... No es mucho, ¿verdad?... Hoy ya soy casi feliz con este chambergo viejo...

Hizo un gesto de amargura.

—Pero desconfo de triunfar. Soy hombre de mala fortuna... Marcadísima. Ya ve usted, la noche que se estrenaba en Figueras mi obra *Canigó*, en el momento más culminante de la ópera, se desencadenó una espantosa tempestad de aire y un ciclón se llevó el teatro, con cantantes, orquesta y todo.

Reímos. El simpático compositor murmuraba tristemente:

—Sí, soy hombre de mala suerte..., de muy mala suerte...

EL CABALLERO AUDAZ



El maestro Pahissa, hablando con "El Caballero Audaz"

FOTS. CAMPÚA

el teatro Principal en 1906 y se tuvo en el cartel más de cien noches. Después *Canigó*. Poema lírico en tres actos sobre una adaptación por José Carner del célebre poema de Verdaguer... En 1913 estrené en el Liceo *Gala Placidia*, ópera en tres actos, con letra de Guimerá. Esta dicen que es mi obra más importante. Yo no siento gran apego por las obras escénicas; mi afición principal está puesta en las sinfónicas. Ahora mismo estoy componiendo una sinfonía y un cuarteto... Hace pocos días he terminado una ópera en un acto con Eduardo Marquina titulada *La morisca*. Ya veremos dónde y cuándo se estrenará.

—¿Y usted vive de lo que le produce la música?

—Sí, señor. Vivo de la música; pero pobremente: dando lecciones; qué sé yo.

Hizo una pausa. Después...

—Porque para que la música produzca es preciso escribirla para el teatro, y, aún para el teatro, tiene que ser música que guste al público. Yo, cuando me convenza de esta realidad, me agarraré al teatro.

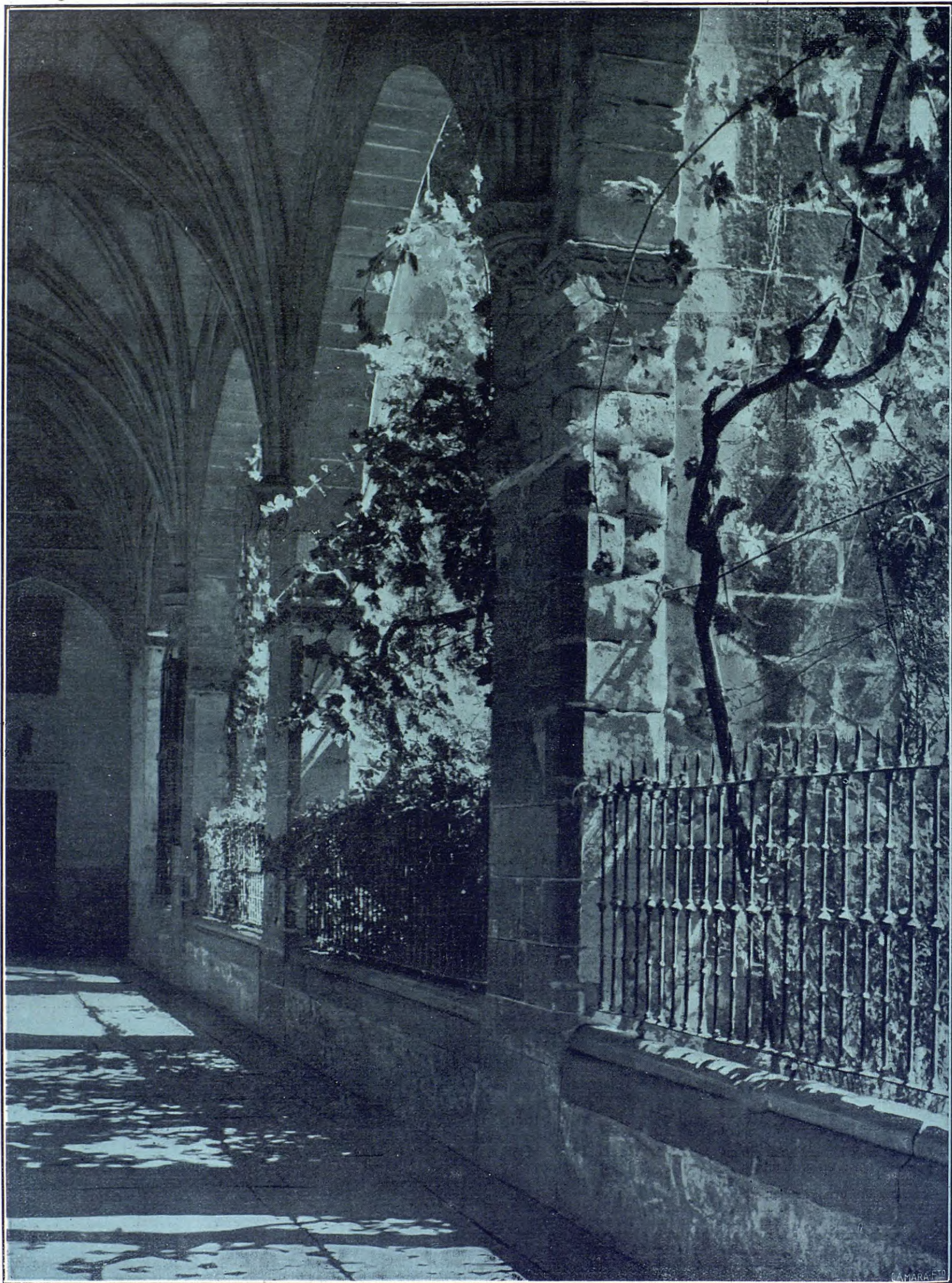
—¿A qué horas trabaja usted?

—Generalmente por la tarde, de siete á nueve. Y no crea usted, en conjunto, trabajo mucho.

—¿Con facilidad?

—Le diré á usted; eso depende del momento: de que esté uno más ó menos inspirado... Yo,

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



Artística fotografía del claustro de Santa María de los Alcázares (Úbeda)

FOT. ZARRAGA

LEYENDAS Y TRADICIONES MADRILEÑAS

LA CALLE DE DON PEDRO

DEBIÓ su nombre al marqués de Villafranca, D. Pedro de Toledo, magnate que echó sobre sí la carga de urbanizar aquellos parajes, harto descuidados á la sazón. Construyó un riquísimo palacio que heredaron sus descendientes y donde habitó aquella famosísima y complicada mujer que se llamó Doña María Teresa Cayetana de Silva, duquesa de Alba, cuando se casó con D. José de Toledo, el cual hizo decorar suntuosamente la opulenta morada con el esplendor y la magnificencia exigidos por la duquesa, que en cuestiones de boato quería competir, y lo conseguía, con la propia reina María Luisa.

Eran los días triunfantes para las mujeres de corazón y de entendimiento que, teniendo en la vida que seguir una dulce ruta novelesca y amorosa, por ella penetraban con paso decidido y firme; eran las noches gratas y verbeneras de gratos recuerdos siempre para los que á los rayos de una luna nupcial y blanca, estrecharon entre las suyas, tibias y perfumadas, manos aristocráticas y adorables; días y noches de aquel Madrid de nuestros abuelos que pasó, grande en su decadencia, hacia aquel precipicio de nuestra raza en cuyo fondo yacemos hoy; Madrid del Príncipe de la Paz y de Goya, de las majas y los chisperos, de las reinas sentimentales y enamoradas y de los plebeyos que vislumbraban la gloria, el triunfo y la opulencia en los ojos femeniles que los contemplaban...

ooo

Mudo testigo de más de una aventura fué aquel inmenso palacio, morada de la más española de todas nuestras duquesas. En él una noche...

Pero dejemos que el relato siga su desarrollo adecuado.

Volvía la dama de uno de sus frecuentes paseos cuando vió que le salía al paso uno de aquellos estudiantes famélicos y atrevidos de la época que, considerando acaso moza de condición dudosa, empezó á requebrarla con el enternecimiento propio del que pide una limosna de poesía y de amor.

Era el estudiante, joven desenvuelto, pícaro, con puntas y ribetes de trovador, al que la misma vida había iniciado en los secretos del corazón femenino. Así fué que, dejándose arrebatar por la elocuencia de unos momentos de inspiración, habló á la gentil duquesita, con frases desalentadoras y algo perversas, del mundo de aquella bohemia estudiantil y dolorosa en que él vivía, solo, lejos de los suyos, sin amor de nadie, esperando que unas horas de felicidad le resarcieran de su tristeza de siempre...

Callaba la mujer, muda y absorta, escuchando la conversación de su compañero. Y andaban,

perdidos entre la multitud, atravesando calles y plazas, sin rumbo fijo, como amantes desorientados é impacientes.

Había llegado á interesar á la Duquesita aquel estudiante locuaz y apasionado.

Y se prestó á que la acompañara á su domicilio...

¿Querría burlarse de él?...

Quizás un sentimiento más fuerte y poderoso que el de la ironía reinara en su corazón: el de

fantasía, callaba. ¡Quién sabe si es que presentía que en aquellos momentos iba á experimentar la dolorosa transformación que se sufre al pasar de niño á hombre! Y la Duquesa reía. Y mientras su compañero, mudo guardaba un incomprensible silencio, ella, la mujer de nácar, iba desgranando el tesoro de su risa fresca y argentina...

ooo

Llamóle la atención ver las extrañas y sorprendentes reverencias que los criados de aquella majestuosa casa hacían á su compañera. Más sobresalto le produjo que á él, pobre y mísero segundón, le trataran aquellos altivos servidores con el rendimiento que á un gran señor. Pero cuando su perplejidad subió de punto, fué al hallarse en un regío comedor y oír á su enigmática adorada de una noche, decir á los que esperaban sus órdenes:

— Servidnos presto.

Que este gentil caballero tiene mucha prisa...

¡Qué pobre, qué ridículo, qué humillado sentíase el infeliz en aquel Palacio! Vefa su ropilla desteñida y sucia, sus zapatos rotos, sus medias remendadas y centenarias. Contemplaba supáldo semblante en los múltiples espejos del salón, y cayendo y rodando de cumbre en cumbre, despeñado en las rocas de aquel sueño quebrado y roto, como lo que era, como un niño, lejos de él la deleznable perversión estudiantil de que antes blasonara, postróse de rodillas ante la Duquesita, pidiéndola, entre sollozos, que no se riera ni se burlara de él. Y hubo que ver entonces á la dama enjugar con sus manos aquel llanto y llorar á su vez con el muchacho, y gozar y sufrir á un tiempo las ternuras de un amor intenso, tanto más intenso, cuanto que era algo así como todo el amor del mundo condensado en un solo instante de abandono...

ooo

La vida pasa y el amor muere. Es otro Dios á quien nuestra democracia hizo hombre para matarlo después. Huyeron las gratas horas de aquella noche. La

Duquesita, olvidando al estudiante, seguía viviendo su loca y escandalosa novela. El, también vivía la suya. Pero sin embargo, á través del tiempo, de vez en cuando volvía á la memoria de la Duquesita el recuerdo de aquella noche, y cerrando los ojos, contemplaba como entre sueños, la figura sentimental de aquel jovenzuelo que años atrás llorara de rodillas ante ella. Y aquella evocación despertaba en ella mil pensamientos, porque aquella fué la primera y única vez en su vida en que vió llorar á un hombre, y llorar por amor, por orgullo y por ambición...

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

DIBUJO DE ECHEA



la curiosidad de conocer el inesperado desenlace que tendría aquella aventura.

ooo

Felina y astuta, iba examinando el alma de aquel muchacho, alma sin complicaciones ni misterios, en la que los sueños de los veinte años todavía mandaban con absoluto dominio...

Y de esta suerte, entre promesas veladas y maliciosas palabras, entre suspiros y miradas escrutadoras y provocativas, caminaban bajo el dosel nupcial del cielo placentero y estrellado donde todo era luz y plata...

Ibanse aproximando al Palacio. El estudiante, sobrecogido por algo que parecía detener su



Casa granadina de carácter moruno



Patio de una casa árabe, de Granada

Las casas granadinas

En el vivir de los pueblos trazan su huella dos fuerzas paralelas, de cuya influencia entretendida sale la tela histórica. Quiero decir que dos ideas cardinales, ambas contradictorias y ambas complementarias entre sí dirigen la evolución humana: la idea conservadora y la idea liberal. Asíéntase la primera sobre el sillar granítico de la tradición. Marcha la segunda en pos de la razón. Tiene aquella por servidores a los ricos, a los poderosos, a los sacerdotes de las religiones triunfantes, a las aristocracias, a todos los bien hallados, largamente comidos y holgadamente alojados; son mesnaderos de la segunda los pobres, los que han hambre y sed de justicia, los peregrinos del ideal. Los amigos de la tradición quieren conservar, cuando no retroceder; los amantes de la razón ansían caminar, andar siempre.

Cuando de la vida ideológica de la ciudad trascendemos a las mudanzas que aquellas transformaciones de la idea han producido en su cuerpo, advertimos que a la mutación de las normas directivas sigue la de los hombres, y a éstos el cambio de las cosas.

Ciudades cuyo espíritu se apagó desmorónanse hoy al sol y a la lluvia; barrios antaño llenos de tráfago vieron sus calles enhierbarse; palacios morada de grandes señores tornáronse en casas de vecinos. La idea renovadora llevó el fuego de la vida a otras ciudades, a otros barrios, a otros palacios, a otras gentes.

Los noveleros, gustosos con exceso de toda innovación, suelen abandonar lo viejo a toda prisa, adoptando lo nuevo, sin otra razón que la de ser reciente, y sin detenerse a sopesarlo. Muchas veces los progresos no pasan de tentativas, ni algunas extraordinarias novedades, traídas con muy buena intención, de errores más o menos subsanables.

La experiencia nos dice que debemos avanzar cautamente, siguiendo al lucero de Oriente; pero

sin olvidar que asentamos nuestra planta sobre la tierra movediza y encharcada.

Al abandonar lo usado por lo flamante hemos de pensar con Hegel «que todo lo que existe es razonable» y que lo aun no existente puede ser desvariado. Al dejar nuestras cosas, nuestros hábitos, nuestras costumbres y resabios, deberíamos meditar hasta qué punto nos han servido y acompañado en la ruta aquellos amigos a quienes queremos decir adiós.

En las ciudades históricas este problema general se torna más agudo cuando a las embestidas de la crítica se agrietea el caserío secular, se despueblan los barrios, huyen los habitantes hacia los focos de la riqueza y de la moda.

El clima y la raza habían creado la casa granadina. No hablo del palacio a la manera del Alcázar nazarí o del Generalife ni de las grandes mansiones nobles del Renacimiento, ni siquiera de los ricos caserones que se construyeron a finales del siglo xviii y en todo el siglo xix, sino de las casas graciosas, holgadas, abiertas al aire con patizuelos y jardinillos que eran solaz y regalo de gentes modestas.

Era la casa granadina, descendiente en línea recta de la vivienda romana.

Visitando la ruina de Pompeya he creído descubrir los trazos de edificios familiares para mí. El *prothyrum* equivale al zaguán, el *atrio* corresponde al patio, el *impluvium* al estanque, que en el centro de las moradas antiguas del Albaicín puede aún verse. La casa tradicional de Granada era generalmente pequeña, más reducida de dimensiones cuanto más añeja. La casa romana, sobre todo la pompeyana, que recibió profundamente la influencia griega, era también menuda. La casa de Velii, que no es muy grande, tenía proporciones mayores que las destinadas a particular albergue, por haber sido construida para lugar de reuniones.

Los árabes adaptaron ese modelo de casita, añadiéndole un piso quizás, velando con celosías las ventanas, adornando sus materiales con ornamentos orientales.

Los cristianos reconquistadores vivieron muy a gusto en ellas, aunque introdujeran algunas modificaciones que no cambiaron su estructura.

Sobre ese modelo general de casa se siguió construyendo en Granada hasta que en mala hora, hará unos treinta años, comenzaron a levantarse esos edificios de pisos, calurosos en verano, estrechos y desagradables, en que la burguesía ha tenido el pésimo gusto de instalarse.

La antigua vida, un poco patriarcal y regalona, acabó de golpe.

Ya no son posibles las siestas en la sala baja que se adormecía con la penumbra de las cortinas corridas, ni juegan los niños en el jardín a la sombra de los parrales, ni cacarean las gallinas en el corral, ni cuelgan los racimos de uvas en los cenadores, ni atisban las mozelas tras las rejas.

Yo compadezco desde estas páginas a los niños de hogaño que se crían en las selvas vírgenes de los pisos modernos. ¡Pobres niños conminados al pasillo y la cocina!

Mis hermanos y yo tuvimos, como todos los mocosos de mi tiempo, campo amplio para nuestras fantasías aventureras. ¡Quién de nosotros olvidará las exploraciones en nuestro jardín, a donde venían buscando refugio todos los gatos de la vecindad o las cacerías de avispas que anidaban en el laurel. Nuestros sitios predilectos eran la leñera, lugar tenebroso donde solíamos encontrar sabandijas, y el camaranchón que atesoraba el historial de la familia.

Cuando mi pobre madre olvidaba las llaves corríamos allí ansiosos de descubrimientos: ropas viejas, sombreros desusados, ilustraciones del año de la Nana, carricoches de la abue-

lita, á veces una maleta que sabe Dios á quién perteneció ó una careta abollada que nos hacía visajes de una alegría remota.

No éramos los niños, como lo son en las casas de pisos, un engorro para los mayores, ni aquéllos nos encoraban de muy cerca con sus advertencias. En el verano corríamos por patios y jardines y en invierno gustábamos de los buhardillones y de la cocina, cuya chimenea encendida con leñas nos atraía al amor de su lumbre y de los cuentos que sabían contar galanamente los criados viejos de entonces.

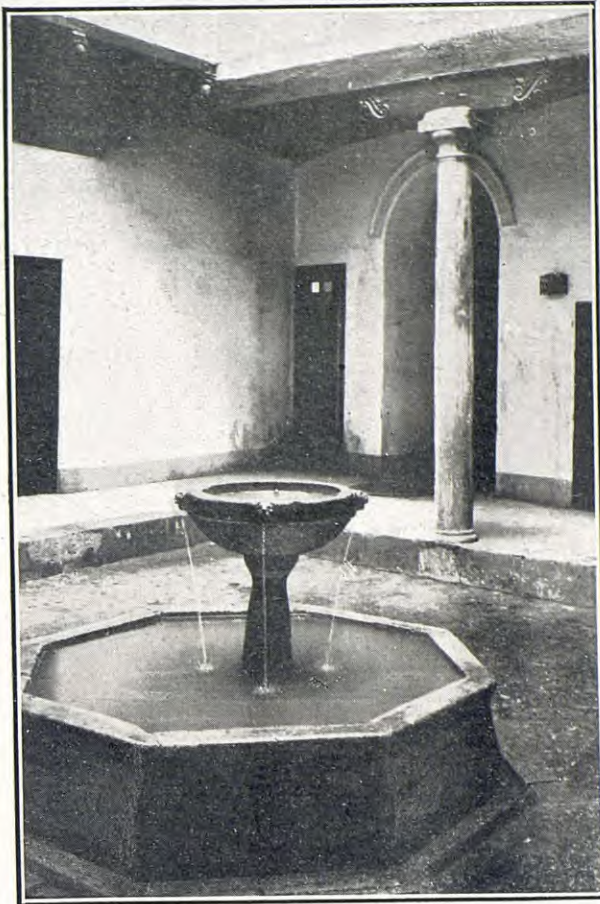
Por Navidad era la matanza una fuente de diversiones inauditas. Con ojos asombrados contemplábamos el misterio de la muerte dibujarse en las pupilas de las víctimas y luego seguíamos llenos de curiosidad todas las faenas culinarias que terminaban en sabrosas longanizas y morcillas, colgadas en ristras bajo la campana de la chimenea.

Éramos más niños que hoy; vivíamos en unión más íntima con Dios y con la Naturaleza. El invierno era la matanza, los nacimientos, el helado que se hacía con nieve del cielo, el jardinero que podaba nuestro jardín; la primavera se anunciaba con violetas y fresas, con golondrinas atolondradas que penetraban piando como locas en el cuarto de estudio, cuya ventana habíamos dejado abierta para que entrase el sol.

El verano eran los pregones largos que llenaban la calle silenciosa, el toldo que cubría el patio, las hormigas, los nidos, los pájaros que atrapábamos.

El otoño nos traía membrillos y uvas que nosotros mismos descolgábamos de sus ramas, gozosos de comerlas con su polvillo de virginidad. ¡Todo aquello pasó, no sólo para mí, sino lo que es más triste, para la mayoría de los niños granadinos! La ruina de la casa típica trajo consigo el trasturneque de costumbres.

En las moradas que quedan aún del gusto antiguo no viven ya los señores. Caducas y descalabradas son refugio de la pobreza. El arte de construir ha ido por otros derroteros. ¿Por qué no volver al tipo de la



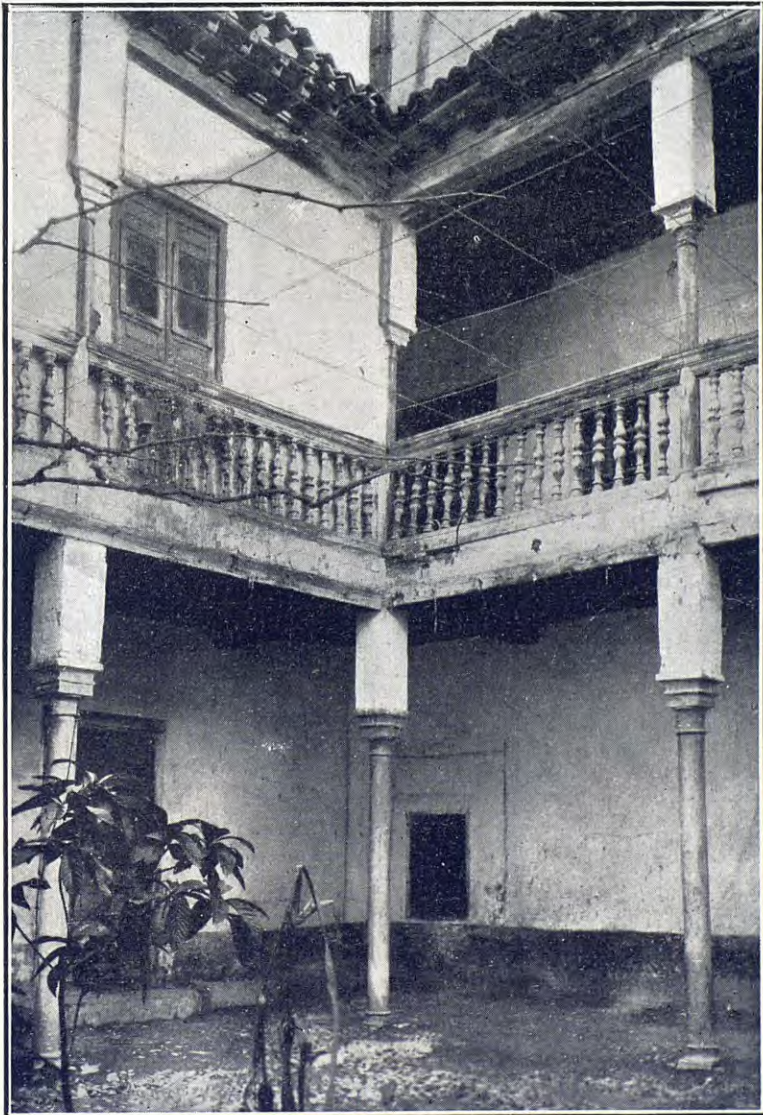
Patio de una casa Renacimiento

casa morisca, desechando el sistema caro y malo de los pisos? Yo no pido, naturalmente, que se construya á principios del siglo xx con los mismos materiales é idénticos planos que se usaron en la Edad Media. Empléense enhorabuena los adelantos modernos para dar á los edificios mayor solidez, baratura y comodidad; pero no se prescindan de aquellas cualidades genéricas que el transcurso de los años consagraron. Tal la existencia de los patios, el empleo de los jardinillos, las torres y azoteas, las fuentes y pilares. Nada se adapta mejor al clima andaluz que la casa andaluza. ¿Por qué levantar entonces casas de pisos? ¿Acaso porque en Barcelona, en Madrid y en París las hay? Quizás se me salga al paso con la canción de la carestía de los solares que imponen la necesidad de *ras-cacielos* más ó menos modestos. Pero yo me acuerdo á este propósito que las ciudades inglesas se componen en su inmensa mayoría de casitas aisladas, independientes, un poco á la manera de la casa andaluza.

Y si del punto de vista práctico pasamos al artístico, las razones que combaten en pro de mi bandera se multiplican.

Entre ser ciudadano de una urbe hecha á imagen y semejanza de París, Berlín, Buenos Aires, etc., ó ser hijo de una de las peregrinas capitales del arte, la elección no es dudosa.

Para ver una mala copia de capital moderna nadie iría hasta Granada; para contemplar una Granada armónica con su tradición, bella en su decadencia, digna como una reina oriental que rechaza los tocados europeos, mal avenidos con su tipo de hermosura, vendrán de luengas tierras los viajeros. Yo quisiera llevar al espíritu de los granadinos esta convicción y este orgullo de conservar la Granada que heredaron, acreciéndola dentro de la tradición, sin romper aquel hilo de oro que une á los que fueron con los que serán. Desde el fondo de los siglos nos trasmite la vieja piedra un estremecimiento misterioso, voz de los muertos que nos dicen cosas muy sabias.—MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTÍN



Patio de una casa mudéjar, en Granada



Una casa del Albalcín, del tiempo de los árabes



"Mariposa de noche"

POTS. MORELLO



"Novia valenciana"

LOS GRANDES ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

H. ANGLADA CAMARASA

Por iniciativa de la Asociación de Pintores y Escultores, y organizada por el Círculo de Bellas Artes, es decir, por las dos entidades artísticas más importantes de Madrid, se celebró la Exposición Anglada Camarasa en el palacio del Retiro.

Anglada Camarasa es una de las más puras y gloriosas reputaciones de la pintura moderna. Fuera de España su nombre es pronunciado con respeto y sus obras contempladas con admiración.

Es miembro de honor de la Academia de Bellas Artes de Milán; miembro societario del Museo Hispánico de Nueva York; de la Sociedad Internacional de Pintores y Escultores de Londres; de la Secesión de Munich; de las Bellas Artes de Berlín y París.

Posee los grandes premios de honor en las Internacionales de Buenos Aires y de Venecia, y rechazó el de la Internacional de Roma, en 1911, por considerar ilegal la constitución del Jurado que se le otorgara, y en prueba de solidaridad con sus compañeros los artistas españoles. Tanto en esta Exposición de Roma, como en la de Venecia, se le destinaron las salas de honor.



H. ANGLADA CAMARASA

Las tarifas de venta son de las más altas y extraordinarias entre los contemporáneos, y, a pesar de ello, posee cuadros suyos adquiridos á grandes precios en los Museos de París, Londres, Berlín, Viena, Petrogrado, Moscou, Gante, Stokolmo, Buenos Aires, Bruselas, Dresde, Nueva York, Chicago y Barcelona.

Los grandes críticos extranjeros le han consagrado en las revistas de arte más autorizadas de las respectivas naciones sendos estudios dirámicos.

Repito este triunfo unánime, indiscutible de Anglada fuera de España para que resalte más el contraste de este espectáculo lamentable dado por la ignorancia y la cretinidad de los profanos y la malevolencia de unos cuantos artistas aquí, en Madrid, con motivo de la Exposición.

Y no se venga con el viejo y desacreditado tópico de que Anglada pinta una España convencional, porque para ciertos individuos lo que ellos no saben ó no pueden ver es convencional visto por los demás.

Es que en España la incultura artística es endémica, y el único término de comparación las visitas rápidas, demasiado rápidas, al Museo

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



EL TANGO DE LA CORONA (fragmento), cuadro del ilustre artista H. Anglada Camarasa

del Prado. No conciben otro siglo pictórico que el xvii, y todo lo que no responda á ese siglo no es buena pintura. ¡Llegan, incluso, á desdeñar á Goya!... A Goya, que es mucho más grande que Velázquez; á Goya, que ni tuvo ni tendrá jamás un rival que le venza.

A Hermen Anglada Camarasa no le han faltado para su éxito definitivo los ataques violentos, coléricos, agresivos, como si se tratara de vengar en él nefandos crímenes ó agravios íntimos. Espectador hubo de estos profanos ó profesionales que ha sufrido ataques epilépticos ante un lienzo de Anglada. No faltó tampoco la erupción de critiquitos espontáneos que se erigían en portavoces de la estulticia y de la mala fe... Creíamos vivir por un momento aquel capítulo maravilloso del libro de Emilio Zola *L'Oeuvre*, en que la gente se burlaba del *Flain Air* de Claudio Lantier.

Con Anglada Camarasa se repite la comprensión de todos los renovadores estéticos. ¿Acaso el impresionismo francés no excitó esa indignación? ¿Acaso Rosales no fué lapidado é incomprendido por el público de su época? ¿Se han olvidado tan pronto los comienzos del sorollismo, cuando el gran maestro valenciano hundi6 para siempre la pintura histórica? ¿Se conocen, al menos, las modernas tendencias de la pintura alemana? ¿Se sabe por casualidad—que es como en España se saben estas cosas ciertas gentes—que hoy día la exaltación de la luz y del color, y la obsesión decorativa constituyen los dos principios estéticos más importantes? ¿Qué se diría frente á los lienzos de Brangwin, de Besnard, de La Touche, de León Bakst, de Adolfo Münzer, de Henri Martin, de Maurice Denis, de Orlik, de Potter, de Gustavo Klimt, de Eduardo Munch, de Jokai, de Luis Sargent, de Arturo Kampf, de Blamise Young?... ¿Se ha pensado siquiera en averiguar si esta pintura de Anglada es algo más que un fruto esporádico, algo más, incluso, de una consecuencia de la renovación pictórica extranjera, si respondía, en fin, á los demás conceptos estéticos y éticos de su época?



Palco azul



Retrato de Mlle. Sonia de Klamery

FOTS. MORENO

¿Se le han buscado concomitancias con otros aspectos sociales?

El error primordial de los detractores de Anglada Camarasa, ha sido sacar á relucir á Velázquez. Reconozco que Velázquez es un magnífico cánón pictórico; pero no es el único. Pintar como Velázquez, será muy laudable. No pintar como Velázquez, también.

Además, Velázquez es un pintor realista; Anglada no es un pintor realista. Anglada no es, ni más ni menos, que un gran decorador, un formidable decorador. «Impresionista-fantasta»—como define el gran crítico italiano Vittorio Pica. Ama las grandes exaltaciones lumínicas y funde en una todas las nobles artes del esmalte, la cerámica, los tapices y las vidrieras. Esto se ha repetido ya hasta la saciedad. Los lienzos de Anglada son grandes «panneaux» decorativos, no lienzos supeditados al natural. Por eso los apologistas excesivos del maestro catalán se equivocan lo mismo que sus detractores al decir que Anglada es también un gran retratista.

Pero ¿hemos de negar, por la no existencia de esta cualidad, todas las demás admirabilísimas de Anglada Camarasa?

Tan injusto sería, como afirmar que es el primer pintor español. No olvidemos que existen actualmente Zuloaga y Sorolla, y que detrás de Zuloaga y de Sorolla, hay una pléyade de artistas como nunca ha tenido España. Y negar, por rutina, por ignorancia ó por mala fe, uno de sus más altos valores, representado por Anglada, me parece un poco indigno. — SILVIO LAGO



"El tango de la corona"

FOTS, MÁS



"Campesinos de Gandia"

(Cuadros de Anglada Camarasa)

DE NORTE A SUR



La señora Hugh L. Scott, vistiendo el traje yanki de campaña en las maniobras militares de Chavy Chase (Estados Unidos)

Las Amazonas del odio

Siempre he creído que el feminismo tiene sus límites. Estos límites son, después de todo, los mismos que tienen la sensibilidad y el buen gusto.

Hay aspectos de la vida moderna en que las mujeres no deben, aunque puedan y quieran, intervenir. Más allá de las contemporáneas reivindicaciones, del tácito o expreso reconocimiento de derechos, el hombre piensa siempre en la mujer con amor. Llegará un momento en que—salvo delito involuntario—importe bien poco que una mujer ejerza una carrera de las que antes se consideraban exclusivamente hombrunas y se arrodille el hombre con la histórica actitud de Romeo ante Julieta. Y entonces es cuando, únicamente, lógicamente, eternamente, la mujer parece superior al hombre.

Yo siento que esta afirmación me acarree las antipatías femeninas. Serán injustas. En definitiva, lo que más puede importar a una mujer es no perder sus femeninos encantos, lo mismo físico que morales.

Después, si esta mujer sabe utilizar los últimos en beneficio suyo y de la cultura, me parecerá mejor todavía. ¿Cómo negar el talento de las que se destacan en la literatura, en la ciencia, en el arte, incluso en otras manifestaciones intelectuales?

¿Cómo no reconocer y alabar la actitud de tantos miles de mujeres, que, al lanzarse los hombres familiares a una barbarie cruel y estúpida, les sustituyen en los trabajos agrícolas, en las oficinas urbanas, en las fábricas y en los talleres? ¿Acaso no significará un serio peligro para los retornos de la guerra esta invasión femenina de ahora que ha demostrado cómo una mujer sirve para todo, menos para telefonista, es decir, precisamente para lo único que se creía útil antes de ahora?

Sería absurdo negar esos justos y legítimos triunfos del feminismo. Pero no menos absurdo

sería prolongar nuestro optimismo hasta el punto de admirar a las furias grotescas de la señora Pankurst, lanzadas a la conquista del voto cuando perdieron la esperanza de conquistar al hombre; repugnaría nuestra sensibilidad el elogio a las mujeres que ahora trabajan en las fábricas de municiones contribuyendo a la duración de la matanza universal. No mancharía jamás la pluma celebrando a esas señoritas belicosas que se suben a la tribuna de Trafalgar Square, para gritar a los hombres que deben ir a morir en las trincheras; y todo ese heroísmo de las madres que sonríen satisfechas de que la patria le mate sus hijos, me parece un veneno demasiado fuerte...

Por eso nunca me he conmovido ante las hazañas de doña Juana de Arco y de sus infinitas imitadoras. Entre esta mística de armas tomar y nuestra mística doctora Teresa de Cepeda, la elección no puede ser dudosa. Entre las damas de la Cruz Roja que invaden los hospitales de sangre, y los retratos de princesas, coronelas y generalas de tales ó cuales regimientos rusos, austriacos ó germánicos, el alma se arrodilla ante las primeras...

Sugiere esta inocente diatriba, relativamente antifeminista, los intentos de dos mujeres contemporáneas que pretenden ingenuamente anular a la Pucela de Orleans.

¡Libreme Dios de llegar hasta los impíos co-



ELVIRA GUTIERREZ
Amazona mejicana, que ha tomado parte en más de siete combates

mentarios que Voltaire consagró a Juana de Arco!

Mi propósito es más humilde; menos legendarias las hazañas también de estas damas.

La una es la esposa del general Scott, norteamericano que ocupa un alto puesto en los Estados Unidos. La otra se llama Elvira Gutiérrez y es mejicana.

La señora Scott, grave, severa, correcta y con lentes, con un leve parecido al presidente Wilson, aparece retratada delante de su tienda de campaña en el campamento Chavy Chase en las proximidades de Washington, durante unas maniobras militares.

Elvira Gutiérrez ha sido retratada sobre su corcel de guerra vestida de hombre y durante una tregua en la pelea cotidiana y desesperada.

La señora Scott ha presenciado las humaredas inofensivas de la pólvora sola. Elvira Gutiérrez ha sentido silbar las balas por encima de su sombrero de paja, varias veces, puesto que ha tomado parte en siete combates...

Acaso el destino ponga alguna vez frente a frente a la plebeya guerrillera y a la aristocrática generala, ya que, según parece, los Estados Unidos y Méjico van a romper las hostilidades.

Será entonces el duelo de dos símbolos eternos. La hija de parias, la vagabunda, la que habrá de comprarse todo a costa de sí misma, la que habrá de defender su vida como una tigresa y la dama que está a cubierto de todas las miserias, que encontró el porvenir envuelto, como un juguete más, entre las almohaditas de su cuna y que un día, no contenta de lo que posee, ambiciona más aún...

Como veis la lucha carece de novedad y para llegar a ella no valía la pena de ensayarse Mrs. Scott en un campo de maniobras, ni de montar sobre un caballo Elvira Gutiérrez.

Todo el ejército lanzado por el general Scott, contra el guerrillero amante de Elvira, defenderían a una y a otra.

Que, en definitiva, eso significa la lucha de la poderosa Yanquilandia contra la agotada, sangrienta y empobrecida república mejicana, que solo quiere ser libre y feliz...

Miss Gertrudis V. Whitney

En cambio, la señorita Gertrudis V. Whitney nos reconcilia con el feminismo por cómo se detiene en los límites de la sensibilidad y del buen gusto.

Miss Whitney es una escultora muy notable, y en su estudio de Nueva York, celebra exposiciones que son visitadísimas y elogiadas por los críticos.

No es frecuente el caso de una mujer escultora que dé a sus obras el vigoroso impulso que tienen éstas de la artista yanki.

Causan una sensación grata de equilibrio y de belleza; de serenidad y de energía. Se le adivinan las helénicas influencias. Un poco «traducidas» al francés, pero helénicas al fin.

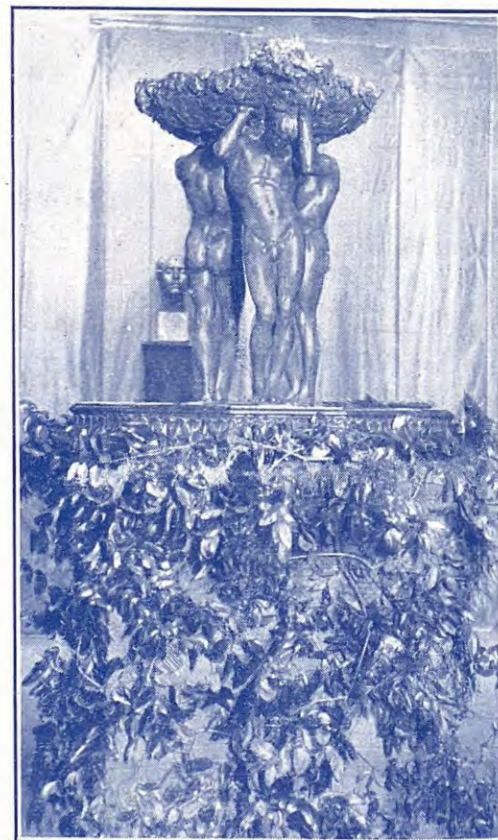
Muy varia su inspiración, la señorita Whitney ejecuta grupos, estatuas, retratos, relieves, desdeña los monumentos y ama, sobre todas las cosas, el desnudo.

Aquí, donde tienen su estatua correspondiente hasta políticos que todavía no se han muerto y donde cualquier picapedrero ilustrado podría hacerse millonario colocando tallas pétreas en las cuarenta y nueve provincias, resultara extraño el caso de Miss Whitney.

Principalmente por su amor al desnudo. ¡Qué horror!

Si la señorita Whitney viviera en España y se le ocurriera esculpir un Apolo, tendría que vestirle de levita, y si era Venus el objeto de su inspiración, lo menos que la obligarían a poner a la estatua era uno de estos trajes de ahora, con los cuales las jovencitas adquieren el derecho a no ser llamadas solamente tobilleras y cuyos descotes les permiten rivalizar con algunas damas del Teatro Real.

José FRANCÉS



Grupo en mármol, original de la ilustre escultora yanki Miss Gertrudis Whitney